

Thomas Wolfe
EL NIÑO PERDIDO



Lectulandia

Estamos en 1904, en la época de la Exposición Universal celebrada en Saint Louis. La familia Wolfe se ha trasladado desde Asheville y ha abierto aquí un pequeño alojamiento para los vecinos de su lejana ciudad natal que visitan la Exposición. Grover Wolfe tiene sólo doce años, pero, según dicen todos, una sensibilidad y una madurez extraordinarias...

He aquí uno de los textos más hermosos de la literatura norteamericana del siglo XX: la búsqueda del «niño perdido», del hermano muerto. Una historia, en cuatro tiempos, contada por uno de los grandes narradores de los años treinta: Thomas Wolfe, quien construye, con el telón de fondo de esa América provinciana que aún hoy nos fascina, una novela tan bella como intensa, perfecta en su estructura e inigualable en su poder de evocación.

Lectulandia

Thomas Wolfe

El niño perdido

ePub r1.0

Cervera 28.06.17

Thomas Wolfe, 1937
Título original: *The Lost Boy*
Traductor: Juan Sebastián Cárdenas
Portada: Editorial Periférica

Editor digital: Cervera
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRIMERA PARTE

La luz vino y se fue y vino de nuevo, las atronadoras campanadas de las tres de la tarde llenaron la ciudad entera de multitudinarios bronces, las suaves brisas de abril le arrancaron láminas de arco iris a la fuente, hasta que el surtidor volvió a palpar en el momento en que Grover entraba en la plaza.

Era un niño serio de ojos oscuros, con una mancha de nacimiento en el cuello — parecida a una baya de color marrón— y una expresión amable en el rostro. Demasiado tranquilo, demasiado atento para su edad. Los zapatos gastados, las medias gruesas atadas a la altura de las rodillas, los pantalones cortos, rectos, con tres pequeños e inútiles botones a cada lado, la camisa de marinerito, la vieja y maltratada boina, que ya casi no tenía forma, apoyada de medio lado sobre aquella cabeza de cuervo, la sucia y deteriorada mochila de lona colgando del hombro, vacía de momento pero en espera de los papeles arrugados de la tarde. Aquel desaliñado y simpático atuendo hablaba por sí solo. Grover se giró y pasó junto a la cara norte de la plaza. En ese momento fue testigo de la unión entre el ahora y el para siempre.

La luz vino y se fue y vino de nuevo, el gran surtidor de la fuente palpitaba y los vientos de abril esparcían por toda la plaza una suave telaraña de humedad. Inopinadamente, los caballos del cuerpo de bomberos repiquetearon en el suelo de madera y sacudieron abruptamente sus limpias y ordinarias colas.

Los tranvías entraban en la plaza y se detenían por unos instantes, como juguetes rotos, en su vieja y conocida formación en ocho, cada quince minutos. Al otro lado, un carro tirado por un jamelgo cadavérico traqueteaba sobre los adoquines frente a la tienda del padre de Grover. La campana del edificio del Tribunal anunció solemnemente que eran ya las tres. Y todo siguió exactamente igual, como siempre.

Grover observó con ojos serenos el angustioso entresijo de formas, la deteriorada amalgama de piedra y ladrillo, la mezcla de arquitecturas mal conjugadas que componía el diseño de la plaza, pero no se sintió perdido. Pues, «he aquí», pensó, «la plaza como siempre ha sido, la tienda de papá, el cuerpo de bomberos, el ayuntamiento, la fuente palpitando con su surtidor, la luz que viene y va y viene de nuevo, el viejo carro que pasa traqueteando, el jamelgo cadavérico, los tranvías que llegan y se detienen un cuarto de hora, la ferretería en la esquina, y junto a ella la biblioteca, con su torre y sus almenas a lo largo del tejado como si se tratara de un castillo antiguo, la hilera de viejos edificios de ladrillo en este lado de la calle, la gente que pasa y los carros que van y vienen, la luz que llega y cambia y que siempre vuelve y vuelve, y todo lo que viene y va y cambia en la plaza para que ésta siga siendo exactamente igual». Pensó: «He aquí la plaza que nunca cambia, que siempre seguirá igual. He aquí el mes de abril de 1904. He aquí la campana del Tribunal y las tres de la tarde. Y aquí está Grover con su bolsa de papel. Aquí está el viejo Grover, que está a punto de cumplir los doce años, he aquí la plaza que nunca cambia, aquí está Grover, aquí está la tienda de su padre y aquí está el tiempo».

Pues eso le parecía el pequeño centro de su pequeño universo, producto de la mampostería accidental de veinte años, de la aglomeración azarosa de tiempo y

propósitos truncados. Para él, en su interior, era el pivote del planeta, el núcleo granítico de la inmutabilidad, el lugar eterno donde todo confluía y pasaba, aquello que duraría para siempre y que nunca cambiaría.

Pasó junto a la vieja casucha de madera de la esquina —aquella trampa inflamable donde S. Goldberg tenía su puesto de salchichas—, al lado estaba la tienda de Singer, con su reluciente exposición de máquinas nuevas y su fascinante calendario: los tremendos edificios de un rojo vibrante; el césped de un verde asombrosamente intenso; el adorable tren de carga con locomotora que parecía de juguete mientras serpenteaba por entre la perfección de miniatura de la campiña; la enorme cisterna del agua y el prado verde por todas partes. Delante de la fábrica había fuentes juguetonas y espléndidos bulevares repletos por el tráfico de centelleantes carruajes: orgullosos coches de dos asientos tirados por briosos caballos de cuello arqueado, que conducían cocheros provistos de chistera y disfrutaban encantadoras señoritas con sombrilla.

Era un lugar adorable y Grover se sentía feliz con sólo mirarlo. Podía ser Nueva Jersey, Pennsylvania, Nueva York. Un lugar en el que nunca había estado, pero donde la hierba crecía más verde y los ladrillos eran más rojos, donde el tren de carga y la cisterna, además de los orgullosos caballos, en aquella espléndida simetría, incluyendo la naturaleza, superaban cualquier cosa que él hubiera visto jamás y le producían una agradable sensación. Era El Norte, El Norte, el reluciente y encantador Norte, el Norte de hierba verde, el establo rojo y las casas perfectas. El plácido y simétrico Norte, donde incluso los trenes de carga y las máquinas siempre parecían recién pintados. Era el Norte, donde incluso los obreros de las fábricas llevaban un reluciente mono azul tan adornado como el uniforme de un soldado; donde hasta los ríos eran azules como zafiros; donde no se veía un solo borde sin pulir en parte alguna. Era el Norte, el perfecto, lustroso, feliz y simétrico Norte. Era el Norte, la tierra de su padre, adonde iría algún día. Se detuvo un momento para mirar otro escaparate. Aquel paisaje fastuoso y tan bien fotografiado lo llenó, como siempre, de una sensación de confort y expectativas.

También observó la brillante perfección de las máquinas de coser. Las observó y las admiró, pero no sintió alegría. Las máquinas lo deprimieron. Le evocaron el murmullo industrial de las labores domésticas y las mujeres cosiendo, el entrevero de la puntada y la trama, el misterio del estilo y el patrón, el recuerdo de las mujeres inclinadas sobre el destello de una aguja, el telar a pedal y su runrún persistente. Sabía que en todo ello había cierto misterio que él nunca podría desvelar. No podía entender por qué las mujeres disfrutaban tanto con ello. Era un trabajo femenino, algo que provocaba en él una mezcla de aburrimiento y vaga tristeza, además de un calambre de horror pasajero, pues sus ojos siempre se precipitaban en dirección a la aguja brillante, aquella aguja que daba puntadas hacia arriba y hacia abajo, tan rápido que el ojo nunca podía seguirla. Y luego recordaba cómo su madre le contó que una vez se había atravesado el dedo con la aguja y, siempre, cuando pasaba delante de

aquel lugar, le venía aquello a la mente, y por un instante estiraba el cuello y apartaba la mirada.

Dentro de la tienda podía verse al señor Thrash, el encargado. El señor Thrash era alto y enjuto y nervudo. Tenía el pelo y el bigote rojos, y grandes dientes de caballo. Había fuertes músculos en su quijada, que el señor Thrash ponía a trabajar todo el tiempo. Y cuando trabajaban, sus dientes de caballo quedaban al descubierto, en una mueca fugaz. El señor Thrash parecía haber sido tensado sobre cables llenos de nervios: todos sus movimientos eran veloces e igualmente nerviosos. Aun así, Grover sabía que era bueno. A Grover le caía bien el señor Thrash. Había algo bueno y rápido y fuerte y rojo en él.

El señor Thrash vio a Grover y sacó a relucir sus enormes dientes de caballo durante apenas una fracción de segundo y lo saludó con su mano de nudillos colorados antes de darse la vuelta como si hubieran tirado de él con un cable. Grover siempre se preguntaba cómo el señor Thrash había ido a parar a aquel trabajo para mujeres. Luego miraba la espléndida fotografía de la fábrica de Singer y pensaba en ella y en el señor Thrash a la vez. Y entonces volvía a sentirse bien.

Siguió caminando, pero tuvo que detenerse de nuevo en la siguiente puerta, delante de la tienda de música. Grover siempre sentía que debía pararse frente a aquellos lugares donde había cosas perfectas y relucientes. Le encantaban las ferreterías y los escaparates llenos de precisas herramientas geométricas. Le gustaban los escaparates llenos de martillos, sierras y garlopas. Le gustaban los escaparates con azadones y rastrillos nuevos, intactos picaportes de perfecta madera blanca con la marca del fabricante firmemente estampada y nítida. Le gustaba ver una caja de herramientas llena de herramientas nuevas, listas para ser estrenadas. Le encantaba ver esa clase de cosas en los escaparates de las ferreterías y se refocilaba sin pudor delante de ellas, y soñaba que algún día él mismo poseería un conjunto de piezas semejante.

Le gustaban los lugares que olían bien. Le gustaba meterse en las caballerizas públicas para ver qué ocurría allí dentro. Le gustaban los suelos de listones gruesos de las caballerizas, tallados, amasados y triturados por los cascos de los caballos. Le gustaba ver a los negros con los caballos, cómo cepillaban los caballos con una almohaza, cómo palmeaban sus relucientes grupas, gruñendo en su jerga para caballos, «¡Sooo, vete p'allá!». Le gustaba ver cómo los negros les quitaban el arnés y los sacaban de las varas de las calesas. Le gustaba la manera en que los caballos caminaban sobre el suelo de madera, con una especie de andar majestuoso y a la vez agarrotado. Y le gustaba el modo casual con que el caballo levantaba su fina cola y dejaba caer un bolo hecho de cereales. Le gustaba ver todas estas cosas.

También le gustaban las pequeñas oficinas que había junto a las caballerizas públicas. Le gustaban las pequeñas y sórdidas oficinas, con sus ventanas mugrientas, sus pequeñas estufas de hierro forjado, sus suelos de listones, su maltratada y minúscula caja fuerte, sus sillas chirriantes con espaldares hechos de barriles

cortados. Su olor a caballos, a arneses, a cuero curado con sudor. Su tropa de hombres rubicundos, de aspecto saludable, con pantalones de piel, malhablados, siempre a punto de prorrumpir en estridentes carcajadas.

Éstas eran las cosas que le gustaban a Grover. No le gustaba, en cambio, el aspecto de los bancos, las oficinas de bienes raíces o las aseguradoras de incendios. Le gustaban las farmacias con sus olores penetrantes y limpios, le gustaban los escaparates de las farmacias con enormes frascos de líquidos de colores y pelotas blancas que subían y bajaban. No le gustaban los escaparates llenos de medicinas y bolsas de agua caliente, pues de algún modo lo deprimían.

Le gustaban las barberías, los estancos, pero no le gustaban los escaparates de la funeraria. No le gustaba el secreter, ni el diploma, ni la planta en la maceta, ni el helecho colgante. No le gustaba el aspecto sombrío del lugar que había más allá del escaparate. No le gustaba la funeraria y, por tanto, nunca se detenía frente a ella.

Tampoco le gustaba el aspecto de los ataúdes, aunque le parecían elegantes y ostentosos. A pesar de ello, le gustaban los pianos, aunque los pianos siempre le recordaban un poco a los ataúdes. No le gustaba el olor de los ataúdes, pero le gustaba el olor de un gran piano. Le recordaba a su hogar, y al olor encerrado y ligeramente rancio del salón, que a él le gustaba mucho. Le recordaba al salón y a la alfombra del salón, que era gruesa y marrón y estaba descolorida, y a la que cada mañana, sin falta, le quitaban el polvo meticulosamente. Le recordaba al candelabro de cristal, con sus diminutas cuentas de vidrio pulido, y al modo en que éstas resplandecían y chocaban entre sí cuando alguien las tocaba.

Le recordaba a las frutas artificiales sobre el mantel del salón, con la tapa de cristal que las cubría, le recordaba a la estantería de antigua madera oscura, con su repisa de mármol jaspeado que su padre había tallado con sus propias manos, y a la enorme Biblia, tan grande y pesada que él a duras penas podía levantarla, le recordaba al voluminoso álbum con tapas de metal, a los daguerrotipos de su padre cuando era niño, todos los hermanos, las hermanas y las otras personas retocados sutilmente en las mejillas con una pincelada de color rosa.

Le recordaba al estereoscopio y a todas las imágenes que nunca se cansaba de mirar, a solas en las tardes silenciosas, contemplando una y otra vez a través del estereoscopio Gettysburg, Seminary Ridge y Devil's Den, las formas repantigadas de estos lugares, con sus tonos grises y azules.

Y, finalmente, le recordaba al gran piano del salón, su imponente superficie pulida y brillante, su magnificencia sepulcral, su bondadoso y dulce aroma. Le recordaba cómo, antes de que se hiciera demasiado mayor para semejantes niñerías, disfrutaba acurrucándose bajo el gran piano y quedándose allí sentado sobre la alfombra, oliéndolo todo, pensando, sintiendo, extrayendo de todo aquello una impresión de soledad y fervor, de aislamiento y orgullosa suficiencia, una especie de oscura

comodidad. Grover no sabía por qué.

Así que siempre se paraba delante de las tiendas de música y pianos. Esta era una tienda espléndida.

Y en el escaparate había un perrito blanco sentado, con la cabeza gravemente inclinada hacia un lado, un perrito blanco que nunca se movía, que nunca ladraba, que aguardaba con atención frente al embudo resplandeciente de un altavoz para escuchar «la voz de su amo»: un altavoz siempre mudo y las formas relucientes de los grandes pianos, un aire de esplendor y riqueza. Y, a un lado, un mostrador, detrás del cual se encontraba el señor Markham.

A Grover también le gustaba el señor Markham. Era un hombre bajito y vivaz, y todo lo que tenía que ver con él era muy vigoroso y limpio. Tenía un pequeño bigote también vivaz, bien podado y grisáceo. Su pelo era igualmente gris, y se lo dejaba crecer espeso y abundante. Pero de algún modo hasta su pelo parecía bien podado y vigoroso, como si cada uno de sus cabellos saliera por su cuenta, limpio, potente y firme. Y el rostro del señor Markham... Sus rasgos eran también pequeños y limpios y vivaces y muy delicados. Era un yanqui y tenía la manera de hablar yanqui: pulcra y limpia y llena de limpia decisión. Cuando atendía a alguien solía hacerlo con los dedos arqueados sobre el mostrador y la cabeza inclinada con garbo, de medio lado, mientras escuchaba las peticiones del cliente. Después, tras haber escuchado todo lo que tenían que decirle, asentía rápida, vigorosamente, con un gesto más propio de un pájaro, y decía en tono profesional: «Ajá», de un modo muy parecido al que tienen los dentistas cuando te permiten escupir. Entonces se ponía rápida y enérgicamente a cumplir su cometido, consiguiendo la pieza de música que el cliente le había pedido.

Nunca parecía dudar de nada. Si tenía el disco, lo sabía al instante, y sabía exactamente dónde encontrarlo: lo buscaba enseguida, al instante, sabía el sitio exacto en el que se encontraba. Y si no lo tenía, meneaba la cabeza de la misma manera veloz, con una sonrisa amable ligeramente salpicada de pesar, con un: «Lo siento, pero ahora no disponemos de esa pieza». Todo lo que el señor Markham hacía, era así: limpio, certero y vivaz. Un hombrecillo gracioso. Con Grover era complaciente y simpático. A Grover le caía bien. Le gustaba pararse frente a la tienda y mirarlo, verlo allí, con sus dedos arqueados, inclinando la cabeza como un pájaro, escuchando al cliente.

Al lado estaba la tienda de Garrett, y Grover también tenía que hacer una parada.

Era un lugar estupendo, una tienda maravillosa y amplia, que atravesaba la manzana entera, hasta la calle de atrás, un sitio lleno de olores agradables. El enorme barril de pepinillos dulces estaba a la izquierda, y un poco más al fondo había otro barril aún más grande para los pepinillos agrios con eneldo. Y en el mostrador, a la derecha, siempre un queso enorme, redondo y amarillo, con un gran tajo en forma de V limpiamente seccionado. A su lado estaba el molinillo de café, y al lado del molinillo de café, las básculas. Y detrás del mostrador había grandes cestos con café, cereales y arroz, grandes cestos que se derramaban en abundancia. Y a ambos lados,

hasta la altura del techo, las estanterías donde podía admirarse una apabullante cantidad de cosas, mermeladas y conservas, salsas y encurtidos, ketchup, sardinas y salmón enlatados, latas de tomate, y maíz y guisantes, cerdo y judías. Y todo lo que uno pudiera llegar a desear, y mucho más de lo que uno jamás hubiera probado, más de lo que uno hubiera podido siquiera imaginar o consumir. Suficiente, pensó Grover, suficiente para una ciudad. Suficiente, o eso le parecía, para alimentar a todos y cada uno de los habitantes de una ciudad.

En la parte trasera había un enorme montón de sacos de harina y grandes tiras de beicon colgadas en fila, como listones de madera.

Y más allá de todo esto había unas ventanas altas y estrechas, no muy limpias y custodiadas por rejas de hierro. Las ventanas le recordaban a la parte trasera de una verdadera tienda americana: el muro desnudo de ladrillos inflados como bizcochos, el montacargas, todo con ese aspecto que siempre han tenido las cosas aquí en América, la clase de edificios que siempre hemos tenido, todo eso que recuerda de algún modo a la Guerra Civil, a las tropas de Sherman entrando en Atlanta, a algunos vagones de carga en las vías, a un trozo de estación, a la locomotora con su chimenea, al vapor y a los soldados pasando frente a edificios como éste, hechos de ladrillos que parecen bizcochos, escuetos y sobrios, con un letrero que dice «J. Wilson Imprenta» o «Almacén».

Y detrás de las viejas y sucias ventanas con barrotes, el montacargas cubierto de lodo. Era algo que siempre entristecía un poco al chico. Y también lo hacía un poco feliz. Quizás tenía que ver con la estación y la luz. Porque la luz iba y venía. Cuando la luz era la apropiada, incluso los ladrillos que parecían bizcochos y el muro vacío podían resultar formidables. Era difícil de explicar. Mucho más para un niño de menos de doce años. Digamos simplemente que era América, que era el Sur. Familiar como la carne y la sangre de un hombre, familiar como los vientos de marzo, como una garganta irritada, como la nariz cuando te pica, como el barro colorado lleno de paja y desolación. O como abril, abril y un enamoramiento salvaje. Digamos que era simplemente todo esto, escueto, desolado, como un bizcocho, adorable, lírico y maravilloso. Digamos simplemente que era difícil de explicar. América, viejos ladrillos con aspecto de bizcocho, un almacén y abril. Y el Sur.

Y por encima de todo y dentro de todo y a través de todo, bañándolo todo hasta que parecía que hubieran remojado la propia madera del mostrador con aquello, hasta que todo parecía impregnado, sazónando incluso las tablas del suelo, por un único, múltiple, complejo, abarcador e indefinible, pero glorioso, Gran Olor. Un olor del que no valía la pena hablar porque no había palabras para hacerlo, un olor que no podía ser descrito porque no existía un lenguaje para ello, un olor que nunca podría ser nombrado porque no había palabras para algo así. Lo único que se podía decir era que había en él un aroma firme y penetrante a queso amarillo, el aroma del barril de los pepinillos dulces y el aroma del eneldo, el aroma del café recién tostado y el té, el aroma del beicon y la leche, el aroma de todas las cosas buenas y succulentas que

existían, todas y cada una, solas y por separado, juntas y mezcladas, revueltas en un aroma embriagador, este grandioso Gran Aroma para el cual no había palabras.

Pues en estos olores no sólo estaba el reconocimiento de las cosas pasadas, la percepción de sus identidades separadas. Había más, mucho más que eso: la magia de la asociación, de los deseos imposibles. Estaban allí, él no sabía cómo, sólo sabía que estaban allí, los aromas de la India y Brasil, el olor del oscuro Sur y del dorado y desconocido Oeste, el olor del grandioso y espléndido Norte, el olor de Inglaterra y Francia, de los portentosos ríos y de las grandes plantaciones, de las gentes foráneas y las lenguas extrañas, toda la gloria del mundo desconocido, todo el esplendor del mundo aún por visitar, todo el misterio, la belleza, la magnificencia de la prodigiosa tierra, como si ésta hubiera sido construida a partir de las esplendorosas imágenes sacadas de la altiva y febril visión de un niño.

Tuvo que detenerse a mirar por un instante, no podía pasar de largo. Era como estar paseando por Arabia. Frente a la tienda se hallaba el carro del reparto, el viejo caballo gris, mustio, doblado sobre la inestable carga. De vez en cuando el viejo caballo levantaba una de sus escuálidas patas traseras y daba una fuerte coz contra el suelo. Grover conocía bien a aquel viejo caballo, siempre lo miraba con una dulce nostalgia. Le recordaba al verano y al aguacero repentino. Había pasado por la plaza en un día así. Hacía calor. Las nubes se habían acumulado de pronto. Realmente estaban preparando una amenaza sulfurosa y eléctrica. Y ahora todo el aire rumiaba la amenaza de la tormenta. La luz se puso violeta, la aglomeración de nubes llegó hasta el culmen del relámpago. Y entonces el rayo apareció, se desató la tormenta.

Llegó de una sola vez, en un diluvio torrencial como Grover nunca había visto. Sencillamente se desplomó sobre ellos, como si el Misissippi hubiera brotado de los cielos. Cayó pesada, instantáneamente. Y en un momento la plaza entera quedó vacía, sin rastro de vida, como si se tratara de las ruinas de una ciudad antigua. La lluvia siseaba al caer, las alcantarillas espumeaban, las aceras parecían presas abiertas, los canalones chorreaban cataratas. Y Grover buscó refugio en el almacén. Desde allí miraba hacia afuera, al gran diluvio que caía sobre la yerma plaza. Oyó el tremendo estallido de la tormenta y se sintió dichoso.

En la plaza no quedaba sino el carro de reparto del almacén y el viejo caballo gris. La tormenta castigaba el carro y tendía sobre su techo una sábana. La lluvia caía a cántaros sobre el caballo, el viejo caballo bajaba la cabeza. La lluvia rasgaba y fustigaba sus flancos. Silbaba y goteaba desde el alargado desfiladero de su lomo huesudo. Una nube de vapor salía de sus viejas y macilentas costillas, que iban a hundirse en las cuencas de las huesudas caderas. El viejo caballo mantenía la cabeza gacha pacientemente y el aguacero seguía cayendo. Aullaba y atravesaba la plaza de arriba abajo con ráfagas cegadoras. Se clavaba y rompía los toldos, bajaba como una avalancha que se arrojaba contra los edificios, hasta convertir la plaza entera en una

sábana de agua.

Y de repente, casi tan rápidamente como había llegado, cesó la tormenta. La oscuridad de tinta fresca se disipó, la luz cayó de nuevo sobre la plaza, las cunetas y los desagües gorjearon y gorgotearon la corriente. Y el viejo caballo se quedó allí, apestando a humedad, con una vaga expresión de cansada gratitud; levantó su vieja cabeza, su largo cuello gris y en un instante se puso rígido, dando coces contra el suelo.

Grover estaba allí, mirándolo todo. De algún modo aquello lo llenaba de una sensación de maravilla, magia y felicidad. Y no podía olvidar los sulfurosos cielos de tinta fresca, esponjados y con nubes preñadas de electricidad, ni el oscuro y premeditado relámpago, tan siniestro, que admiraba, paralizado y en suspenso, con aquella especie de éxtasis metida en sus entrañas.

Y entonces venía el glorioso estruendo de la tormenta, la furia ululante y torrencial. Y el viejo caballo se inclinaba contra la tormenta como una vieja roca hecha de tiempo. Y Grover no podía olvidarlo. Dondequiera que se encontrara veía el viejo caballo gris o pensaba en él, recordaba el tiempo, la luz mágica, la mágica irrupción de la tormenta en ese sepultado día de verano, el goce salvaje y primitivo y todos los olores, la oscuridad y la gente esperando dentro del almacén.

Y ahora volvía a ver otra vez el caballo y a pensar en él y miraba dentro del almacén con esa clase de arrebató profundo y sin nombre que siempre le producía el almacén. Respiraba hondo y se empapaba los pulmones en aquel glorioso y penetrante aroma. Lo miraba con añoranza, con deleite y con un asombro misterioso y también con humor y afecto. No sabía por qué, pero la gente de la tienda, el señor Garrett y los dependientes, siempre despertaba en él ese tipo de humor y afecto. Quizás era la amabilidad, una especie de untuosa amabilidad en sus tonos, como si la mantequilla se derritiera en sus lenguas. Eran tan engolados, tan untuosos, tan persuasivos al hablar...

Mientras Grover observaba, sonó el teléfono y el señor Garrett fue a atender el pedido. Levantó el auricular y agarró el lápiz que llevaba detrás de la oreja, todo en un único y diestro movimiento. Empezó a anotar el pedido en una libreta.

Era un hombre de unos cuarenta años, con el pelo perfectamente dividido en dos mitades. Y de algún modo aquello siempre le hacía gracia a Grover. Parecía tan apropiado... Llevaba un largo mandil blanco y la camisa arremangada hasta los codos. Las arrugas de su estrecha frente se arqueaban con tímida coquetería mientras hablaba por teléfono.

Oh, pero la mantequilla se derretía en la lengua del señor Garrett, aquel modo de hablar... «Claro, señora, sí, señora... Oh, claro, desde luego, señora Jarvis... Sí, desde luego. Oh, están muy buenas. Muy buenas, de hecho... Sí, señora. Sólo tenemos por la mañana... Sí, señora. Dos docenas de huevos... Dos libras de mantequilla. Sí, señora, oh, está muy buena. Media docena de tomates enlatados... Sí, señora, sí, señora. Oh, los mejores... Oh, desde luego. Traemos sólo los de primera calidad. Una

libra de beicon para el desayuno. Sí, señora...» Y después, con tono untuoso y persuasivo, muy suavemente: «¿Y café?... ¿Cómo andamos de café, señora Jarvis?... Tenemos una oferta especial esta semana, una mezcla especial, dos centavos más barata que la otra, pero muy recomendable...».

Y así seguía hasta que repasaba todo su género, untuosamente persuasivo, lisonjero y obediente con el pedido de la dama, encantado de la vida. Hasta que, sencillamente, conseguía hacerte babear con sólo oírlo hablar de café o de una libra de beicon.

«Viejos labios de mantequilla», pensó Grover, y por un momento una leve sonrisa asomó en su rostro sereno. «Sí, tenemos unos tomates estupendos y tenemos patatas tempranas y tenemos cebollas frescas... ¿Y qué le parecen unas mazorquitas y un poco de maíz tierno y algo bueno y fresco? ¿Bueno y fresco?», reflexionaba. «Oh, sí, señora, tan bueno y fresco como todo lo que hay aquí.»

Grover siguió su camino.

Y ahora, de hecho, estaba cautivado, paralizado, suspendido. Una corriente de aire tibio, cargado de chocolate, le llenó la nariz. Intentó pasar frente a la fachada blanca de la pequeña tienda, pero se detuvo, luchando contra su conciencia. Pero fue incapaz de continuar. Era la pequeña tienda de dulces que atendían el viejo Crocker y su esposa.

Y Grover no pudo continuar.

«¡Estos Crocker son unos viejos tacaños!», pensó con desdén. «No pienso entrar ahí nunca más. Son tan tacaños que paran los relojes por las noches. Pero...» El calor embriagador y la fragancia del chocolate caliente volvieron a estremecerlo. «Sólo voy a echar un vistazo al escaparate para ver qué hay.» Se detuvo un momento para mirar con sus ojos oscuros y serenos el interior de la pequeña tienda. El escaparate limpiamente empapelado, inmaculado, estaba lleno de bandejas de caramelos recién hechos. Sus ojos se posaron por un instante sobre unas bolitas de chocolate. Inconscientemente se relamió. Te ponías una de éstas en la lengua y, así de fácil, se derretía en la boca como miel de abejas. Y luego estaban las bandejas llenas de deliciosa gelatina de chocolate casera. Miró con deseo el profundo cuerpo de la gelatina de chocolate, y con igual deseo miró las pastillas de menta, los turrónes, todas las demás delicias.

«¡Estos Crocker son unos viejos tacaños!», masculló Grover otra vez, y se dio la vuelta dispuesto a marcharse. «No volvería a entrar allí por nada del mundo.»

Pero aun así, aun así, no se marchó. «Viejos tacaños.» Ciertamente, pero hacían los mejores caramelos de la ciudad. De hecho, los mejores que él había probado en su vida.

De nuevo miró más allá del escaparate y vio a la señora Crocker. Un cliente había entrado y había hecho una compra, y mientras Grover miraba por la ventana vio a la señora Crocker con sus pequeñas manos de gorrión, su pequeña cara de gorrión, sus labios rácanos, sus rasgos respingones, la vio inclinarse para examinar la báscula con

racanería. Sujetaba en sus pequeños, limpios y huesudos dedos una pieza de caramelo. Era, observó Grover, un poco de mermelada de nuez con sirope de arce. Y mientras él miraba, ella lo rompió, con racanería también, entre sus pequeños dedos huesudos. Puso un segmento sobre la báscula. Las pesas bajaron a un nivel alarmante y sus labios delgados se pusieron rígidos. Quitó una pieza del caramelo que había en la báscula con sus dedos huesudos y, calculando otra vez mezquinamente, lo rompió con cuidado una vez más. Esta vez la báscula osciló, bajó lentamente y volvió a subir. La señora Crocker, cuidadosa, puso el trocito de caramelo recobrado en la bandeja. Metió lo que quedaba en una bolsa de papel, la dobló y se la entregó al cliente, contó el dinero con mucha atención y lo repartió en la caja registradora, los peniques en un lugar, los centavos en otro.

Grover se quedó allí, mirándola con desprecio. «Vieja tacaña, tiene miedo de regalar hasta una migaja.»

Gruñó con desprecio y, de nuevo, se giró dispuesto a marcharse. Pero, esta vez, otro hecho llamó su atención.

Mientras se daba la vuelta, el señor Crocker salió del pequeño compartimento donde solían hacer todos los dulces llevando en sus delgadas manos una bandeja de gelatina recién hecha. El viejo Crocker se tambaleó a lo largo del mostrador y puso la bandeja en el escaparate. Realmente se tambaleó: era cojo. Y, al igual que su esposa, era una pequeña criatura marchita, con aspecto de gorrión, labios delgados y un rostro magro y respingón. Una de sus piernas era unos centímetros más larga que la otra, y en esta última llevaba una bota con una suela enorme. A esa bota se le había añadido una especie de armazón oscilante de madera con el que corregía la cojera. Y sobre esa horquilla de madera se tambaleaba el señor Crocker. Esta era la única manera de describirlo: la figura menuda, respingona y delgada de un hombre con manos huesudas y rasgos magros, que cuando caminaba se tambaleaba, con una especie de sonrisita aprehensiva y rúcana, como si tuviera miedo de perder algo.

«Este Crocker es un viejo tacaño», murmuró Grover. «No regala nada de nada.»

Y aun así no se marchó. Se quedó allí, curioseando, espiando por la ventana con sus ojos oscuros y serenos, con su rostro oscuro y amable, ahora concentrado y atento, alerta y curioso, aplastando la nariz contra el cristal. Inconscientemente, con la punta gastada y maltrecha de su viejo zapato, se rascó una pierna enfundada en el calcetín elástico. El olor fresco y confortable del dulce recién hecho había llegado hasta él. Era delicioso. Incluso cautivador. A medias consciente, mientras seguía mirando por la ventana con la nariz aplastada contra el cristal, empezó a rebuscar en un bolsillo del pantalón y sacó su monedero, un viejo monedero de cuero negro con el broche retorcido. Lo abrió y palpó en su interior.

Lo que encontró no lo dejó muy entusiasmado: un centavo, dos peniques y, «¡las había olvidado!», unas estampillas. Sacó las estampillas y las desdobló. Había cinco de dos, ocho de uno, lo que le quedaba de los timbres por valor de un dólar y sesenta centavos que Reed, el boticario, le había dado una o dos semanas atrás a cambio de

unos recados.

«Viejo Crocker», pensó Grover, y echó una mirada sombría a la pequeña forma grotesca que se tambaleaba de regreso al fondo de la tienda, dando la vuelta en la esquina del mostrador hasta quedar del otro lado.

«Bien», pensó mirando de nuevo las estampillas con un gesto indefinido, «el viejo se ha quedado con el resto; supongo que puede quedarse también con éstas».

Así, dando rienda suelta al desprecio para apaciguar su conciencia, Grover abrió la puerta, entró en la tienda y se quedó un instante mirando las bandejas detrás de la vitrina de cristal, hasta que se decidió. Señalando la bandeja de gelatina de chocolate recién hecha con un dedo sutilmente despectivo, dijo: «Quiero quince centavos de ésta, señor Crocker».

Hizo una pausa, luchando contra la sensación de vergüenza, luego levantó su rostro oscuro y dijo en voz baja: «Y, por favor, voy a tener que darle estampillas otra vez».

El señor Crocker no respondió. No miró a Grover. Apretó los labios con codicia. Se alejó tambaleándose y agarró una paleta, volvió, abrió la puerta de la vitrina y, después de tambalearse hasta la báscula, empezó a pesar el dulce.

Grover lo observó en silencio. Lo observó mientras calculaba, bizqueando un poco, lo observó mientras agarraba el trozo de gelatina y lo dividía en dos partes. Y luego vio que el viejo Crocker dividía nuevamente la gelatina en otras dos partes. Pesó, bizqueó y dudó hasta que a Grover le pareció que había cometido una gran injusticia al llamar tacaña a la señora Crocker. Comparada con su frugal compañero, pensó el chico, ella era la cornucopia de la abundancia, una diosa de la plenitud y la riqueza. Sin embargo, para gran alivio de Grover, la tarea había llegado a su fin, las básculas permanecían suspendidas, oscilando aprehensivamente sobre la línea finísima del equilibrio nervioso, como si hasta las básculas temieran que un movimiento más del viejo Crocker lo echara todo a perder.

El señor Crocker metió la gelatina en una bolsa de papel. Y, desplazándose a lo largo del mostrador en dirección al chico, dijo con sequedad: «¿Dónde están las estampillas?».

Grover se las entregó. El viejo aflojó la presión de garra que estaba ejerciendo sobre la bolsa y la puso encima del mostrador. Grover la recogió y la guardó en su mochila de lona. Entonces se acordó. «Señor Crocker...» Una vez más sintió la vieja timidez que era siempre como un dolor muy fuerte. «Le di de más... Había dieciocho centavos en estampillas. Usted... usted tendría que darme tres de vuelta.»

El viejo no respondió durante un momento. Estaba ocupado con sus pequeñas y huesudas manos, desdoblado las estampillas y planchándolas sobre el mostrador de cristal. Una vez estiradas, las examinó con suspicacia y algo de impiedad, agachando su esquelético pescuezo para mirarlas bien de arriba abajo, como un contable que revisa columnas de números.

Cuando acabó, siguió sin mirar a Grover. Dijo con aspereza: «No me agrada esta

clase de asuntos. Si quiere usted caramelos tiene que traer dinero. Esto no es un negocio de estampillas. No soy la oficina de correos. No me gustan estos asuntos. La próxima vez que venga aquí y quiera algo, deberá pagarme con dinero».

Una rabia candente subió por la garganta de Grover. Sofocada, su cara color de oliva adquirió el color de la furia. Sus ojos de brea se volvieron aún más oscuros y brillantes. Las palabras ardientes se asomaron involuntariamente a sus labios. Por un momento estuvo a punto de decir: «¿Entonces por qué cogió las otras estampillas? ¿Por qué me dice ahora, después de haberse quedado con todas las estampillas, que no las quiere?».

Pero él era un niño, un niño de once años, un chico tranquilo, amable, pensativo, un chico que había aprendido buenos modales, alguien que había sido educado para respetar a los mayores. De modo que se quedó allí, mirando en silencio al viejo con sus ojos de brea. El viejo Crocker, frunciendo un poco sus labios rácanos y sin mirar en ningún momento a Grover, agarró las estampillas con sus dedos reseco y, después de darse la vuelta, se alejó tambaleándose en dirección a la registradora.

Dobló las de dos y las puso en un platillo, luego dobló las de uno y las puso al lado, en otro platillo. Entonces cerró la registradora y se tambaleó en dirección al otro extremo del mostrador.

Grover seguía mirándolo con rostro sereno y grave, pero el señor Crocker no lo miraba a él, sino que se había puesto a plegar unas cajas de cartón estampado.

Hasta que Grover dijo: «Señor Crocker, ¿me devuelve mis tres estampillas, por favor?».

El viejo no respondió. Siguió doblando cajas, apretando los labios rápidamente mientras lo hacía. Sin embargo, la señora Crocker, que había vuelto con su esposo para ayudarlo a doblar cajas con sus manos de gorrión, dijo con desprecio: «¡Bah! ¡Yo no le daría nada!».

El señor Crocker levantó la cabeza y miró a Grover. «¿Qué estás esperando?», le dijo.

«¿Me da mis tres estampillas, por favor?»

«No te daré nada», respondió el viejo. Dejó lo que estaba haciendo y se aproximó cojeando al mostrador. «¡Ahora, largo de aquí! Y no vuelvas a entrar en esta tienda con más estampillas.»

«Me gustaría saber dónde las consigues, eso es lo que me gustaría saber», dijo la vieja, que no levantó la mirada mientras pronunciaba estas palabras. Incluyó ligeramente la cabeza hacia un costado, en dirección a su marido, y siguió plegando las cajas con sus dedos de pájaro.

«Sal de aquí», dijo el señor Crocker, «y no vuelvas con más estampillas... ¿De dónde las sacaste?».

«Eso es justo lo que me estaba preguntando», dijo su mujer. «Eso es lo que llevo preguntándome todo este rato.»

«Has venido las últimas dos semanas con esas estampillas y no me gusta. ¿De

dónde las sacaste?»

«Eso es lo que me estaba preguntando», insistió la señora Crocker.

Grover había palidecido. Sus ojos habían perdido todo el brillo, asombrados y perplejos. «Del señor Reed... Me las dio el señor Reed», replicó. Y añadió con desesperación: «El señor Reed le dirá cómo conseguí esas estampillas. Pregúntele al señor Reed. Hace unos días hice algunos recados para él y me las dio».

«El señor Reed», dijo la señora Crocker perezosamente. Ni siquiera levantó la cabeza. «Lo encuentro bastante raro», añadió.

«Señor Crocker», pidió Grover, «deje que me quede con mis tres estampillas».

«Sal de aquí», gritó el viejo, que empezó a tambalearse hacia Grover. «¡Y no vuelvas! ¡Hay algo raro en todo esto! No me gusta... Y no quiero saber nada... Si no puedes pagar como lo hace la gente, entonces no quiero saber nada de ti.»

«Señor Crocker», dijo Grover una vez más, y bajo su piel color oliva su rostro se volvía gris, «deje que me quede con las otras tres».

«Sal de aquí», gritó el señor Crocker, que cojeó hasta el final del mostrador. «Si no sales de aquí ahora mismo...»

«Llamaré a la policía, eso es lo que haré», dijo la señora Crocker.

Tambaleándose, el viejo rodeó el mostrador por la parte menos elevada. Se acercó a Grover. «¡Vete!», le dijo.

Agarró al chico y lo empujó con sus pequeñas manos huesudas. Grover sintió la repulsión en lo más profundo de su estómago.

«Tiene que darme esas tres estampillas», dijo.

«¡Sal de aquí!», chilló el viejo, que abrió la puerta con rejilla y empujó al chico fuera de la tienda.

«No vuelvas nunca más», le dijo a Grover, quedándose inmóvil por unos instantes, apretando con fuerza los labios. Luego se dio la vuelta y regresó cojeando al interior. La puerta se azotó a sus espaldas. Grover permaneció en el asfalto. Y la luz vino y se fue y vino de nuevo en aquella plaza.

El chico permaneció allí unos instantes. Un camión pasó traqueteando. Algunos transeúntes iban y venían. El conductor del camión, modelo Garrett, salió de algún sitio con una caja llena de víveres y la metió en el furgón antes de cerrarlo de un portazo. Pero Grover no se percató de nada, y más tarde no podría recordar aquello. Se quedó allí, ciego de rabia, gris a pesar de su piel color oliva, ante los relojes de sol, sintiendo que aquél era el Tiempo, aquello la Plaza, aquél el centro del universo, el núcleo de granito de la inmutabilidad, y sintiendo también que aquél era Grover, aquélla la Plaza, aquello el Ahora.

Y, sin embargo, algo se escapaba del orden del día. Grover sintió la culpa sobrecogedora y corrosiva que sienten todos los niños, todos los hombres buenos de la tierra desde el principio de los tiempos. Incluso la rabia se había extinguido, ahogada bajo la voluminosa y corrosiva marea de la culpa.

«Esta es la Plaza», pensó de nuevo, «esto es el Ahora. Ahí está el negocio de mi

padre. Y todo lo que hay en ella sigue siendo como siempre ha sido, excepto yo».

Y la plaza, embriagadora, dio vueltas a su alrededor, y la luz se dispersó en motas grises delante de sus ojos, la fuente esparció la iridiscencia del arco iris y volvió a su orgulloso y palpitante gorgoteo. Pero el día ya había perdido todo su esplendor y «aquí está la Plaza, aquí la permanencia y aquí el tiempo, y todo esto sigue siendo como siempre ha sido, excepto yo».

Las botas gastadas del chico perdido se movieron y tropezaron ciegamente. Los pies atolondrados cruzaron el pavimento, alcanzaron la acera y llegaron hasta el trazo de la plaza central: las parcelas de hierba y los lechos de flores, ya repletos de geranios rojos.

«Quiero estar solo», pensó Grover, «donde no pueda acercarme a él... Oh, Dios, espero que nunca lo sepa, que nadie se lo cuente nunca».

La fuente gorgoteaba, la iridiscente lámina de brisa soplaba sobre él. Atravesó el centro, llegó al otro lado y cruzó la calle. «Oh, Dios, si papá llega a saberlo», pensó Grover, mientras sus torpes pies iniciaban el ascenso por los escalones del negocio de su padre.

Encontró y sintió los escalones. La anchura, el espesor de la madera vieja, de casi medio metro de largo. Los cocheros dispersos, los látigos serpenteando sobre la acera, la plaza, que en este punto tomaba forma de embudo, los adoquines duros y toscos, las escaleras laterales que subían al calabozo. Más abajo, el arco del mercado de las tres, el terraplén de los cocheros y los carros que venían del campo, las subidas y bajadas, el lodo agrietado del barrio de los negros, las barracas y las casas, y más allá la cima de la colina, inmensamente cercana, empezando a verdear en vísperas de abril.

Lo vio todo. Las vigas de hierro en el porche de su padre, un poco deterioradas, con ese tono verdinegro, tan inocuo y raro, que esa clase de vigas adquiere en esta tierra y este clima. Dos ángeles salpicados de moscas y las piedras donde la gente se sentaba a esperar. Y en el local de al lado: la ventana de la joyería salpicada de moscas, el poyo de la ventana, el monóculo atornillado y, dentro, la pequeña cerca de madera alrededor del joyero, sus amplias cejas, sus rasgos amarillentos y arrugados y una caja fuerte, mucho polvo y muchos periódicos amarillentos.

Y por toda la tienda del picapedrero, frías formas de mármol blanco, una piedra redondeada, un pedestal, el ángel lánguido con sus manos amorosas en duro mármol.

El taller se hallaba al fondo de la tienda. Grover avanzó por el pasillo, las formas blancas lo rodearon. Conocía bien el lugar: la pequeña estufa de hierro forjado en la esquina izquierda, marrón, muy usada, llena de bultos a causa del calor, y el recodo de la chimenea que atravesaba la tienda antes de salir al exterior, las ventanas altas y sucias que daban a la plaza del mercado, hacia el barrio de los negros, las viejas y rústicas estanterías hechas de simples tablas gruesas, la madera sin pulir, llena de astillas que recordaban el pelo hirsuto de un animal; sobre las estanterías, los cinceles de todos los tamaños y una capa de piedra pulverizada; una rueda de esmeril con

pedal neumático y una puerta que daba al callejón, aunque la acera estaba tres metros más abajo; un orinal de latón incrustado en el suelo, oxidado y apestoso, y, ocultándolo, un marco o un biombo de madera con una tela de algodón rota. Había, además, dos caballetes, hechos de esa madera ordinaria y llena de nudos, en los cuales se apoyaban dos lápidas. En una de ellas trabajaba un hombre.

El chico observó la lápida y vio que el apellido era Creasman: analizó la talla de John, la simetría de la S, la impresión sutil de Creasman. Noviembre. 1903. Con tanta crueldad, tanto rastrojo seco, tantos pinos, tanto lodo a su alrededor, encima de él.

El hombre levantó la mirada. Tenía cincuenta y tres años, el bigote bien tupido. Parecía cansado. Era inmensamente alto y corpulento. Debía de medir dos metros, o incluso más. Llevaba ropa de buena calidad, ropa oscura y de calidad, pesada, maciza, no llevaba abrigo. Trabajaba en mangas de camisa, con el chaleco atravesado por una gruesa cadena de reloj, el cuello de puntas y la corbata negra. Protuberante nariz de Adán, la frente y la nariz huesudas, los ojos brillantes de un verde grisáceo, fríos, poco profundos y mostrando cierto aire solitario. Un mandil a rayas atado al cuello y mangas almidonadas. Y en su mano el mazo de madera, no un martillo, sino un impresionante y redondo mazo de madera que parecía una piedra de carnicero; y en la otra mano, un cincel frío y duro.

«¿Cómo estás, hijo?»

No lo miró. Se lo preguntó con calma, concentrado en lo que hacía. Trabajaba con el cincel y el mazo de madera como un joyero lo haría con un reloj, sólo que en el hombre y en el mazo de madera había, además, un gran poder.

«¿Qué te ocurre, hijo?», dijo.

Le dio la vuelta a la mesa a fin de empezar otra vez con la letra J.

«Papá, yo no he robado esas estampillas», dijo Grover.

El hombre dejó a un lado el mazo, dejó a un lado el cincel. Rodeó el caballete.

«¿Qué?», dijo.

Y Grover parpadeó varias veces y sus ojos de brea empezaron a brillar, las lágrimas brotaron, calientes. «No he robado esas estampillas», dijo.

«¿Pero qué ocurre?», dijo su padre, «¿de qué estampillas me hablas?»

«Las que me dio el señor Reed cuando el otro chico se puso enfermo y trabajé tres días para él...

Y el viejo Crocker agarró todas las estampillas y se quedó con el resto. Yo le dije que el señor Reed me las había dado... Y ahora me debe tres estampillas, pero dice que no cree que fueran mías, dice que las debo de haber cogido de alguna parte.»

«Las estampillas que te dio Reed», dijo el picapedrero. «Las estampillas que tenías...» Se humedeció el pulgar en los labios, salió de su tienda y al llegar a la puerta de la joyería se aclaró la garganta y gritó: «¡Jannadeau...!». Pero Jannadeau, el joyero, no estaba allí en ese momento.

El hombre regresó a su taller, volvió a aclararse la garganta y, mientras pasaba junto a la mampara gris y vieja de su despacho, se humedeció el pulgar y dijo como

para sí: «Ya te diré yo a ti...».

A continuación salió de nuevo, caminando de nuevo hacia la joyería, murmurando: «Ya te diré yo a ti...». Luego regresó al taller, pasó por entre las lápidas organizadas en columnas y dijo, casi en un susurro: «Por Dios, ahora...».

Entonces tomó a Grover de la mano y salieron a toda prisa. El pasillo, las lápidas, el porche de mármol, los ángeles salpicados de moscas, los peldaños de madera, los cocheros y el terraplén adoquinado, las escaleras del calabozo, el ayuntamiento, el mercado, las cuatro esquinas no tan simétricas de la plaza, los edificios. Pasaron por todos estos sitios pero no se fijaron en nada.

Y la fuente palpitaba, el chorro brotaba en iridiscentes láminas. Un viejo caballo gris, con los bellos lacerados y una especie de expresión pacífica, sorbía el agua helada de la montaña, que fluía por el tubo mientras Grover y su padre atravesaban la plaza.

El hombre tomó la mano, la mano de su pequeño hijo, la mano del chico estaba atrapada, cautiva en la mano del picapedrero, y juntos recorrieron el pasillo, los mármoles fríos, el porche donde había dos ángeles y bajaron por las escaleras y pasaron junto a los cocheros sentados en los peldaños.

Pasaron por la plaza, a través de la iridiscencia en la brisa, hasta el otro lado, hasta la tienda de golosinas.

El hombre aún llevaba puesto su largo mandil, no se había detenido ni para cambiarse su largo mandil a rayas, apretaba la mano de Grover. Abrió la puerta y entró. «Déle las estampillas», dijo.

El señor Crocker se alejó tambaleándose hasta meterse detrás del mostrador, con aquella mirada recelosa que de pronto quería volverse sonrisa: «Es que yo...», dijo.

«Déle las estampillas», dijo el hombre y arrojó unas cuantas monedas sobre el mostrador.

El señor Crocker cojeó hasta las estampillas. Volvió tambaleándose. «Es que no sabía...», siguió.

El picapedrero agarró las estampillas y se las dio al chico. Y el señor Crocker agarró las monedas.

«Es que no sabía que...», dijo el señor Crocker, sonriendo.

El hombre del mandil se aclaró la garganta: «Usted no sabe lo que es ser padre», dijo, «usted nunca ha sabido lo que siente un padre o nunca ha comprendido lo que siente un hijo... Por eso actúa así... Pero se hará justicia tarde o temprano. Dios lo ha maldecido, ha hecho de usted un hombre miserable, le ha dado esa cojera y le ha impedido tener hijos... Y así, cojo y sin hijos, miserable como es, se irá a la tumba y nadie lo recordará».

La señora Crocker, que se frotaba sus pequeñas manos huesudas, dijo suplicante: «Oh, no, por favor, no diga eso, no diga eso».

El picapedrero, con la respiración todavía agitada, salió de la tienda.

La luz se fue y vino de nuevo.

«Bien», dijo, y puso su mano en la espalda del chico.

«Bien», dijo, «ya no hay de qué preocuparse».

Caminaron a través de la plaza, la brisa los roció, el caballo relinchó ante la fuente. «Bien», dijo el picapedrero.

Y el viejo caballo agachó la cabeza y azotó los adoquines con sus cascos.

«Bien», dijo el picapedrero una vez más, «y, ahora, pórtate bien». Regresó sobre sus propios largos pasos, en dirección a la tienda, al taller.

El chico perdido se quedó en la plaza, cerca del porche de la tienda de su padre.

«Este es el Tiempo», pensó Grover, «éste es Grover, éste es el Tiempo...»

Un camión giró para entrar en la plaza. En el anuncio que había en la parte posterior del camión se leía «Saint Louis» y «Excursión» y «Exposición Universal».

Y la luz se fue y vino de nuevo a la plaza, y Grover se quedó allí pensando tranquilamente: «Aquí está la plaza y aquí está Grover, aquí está la tienda de mi padre y aquí estoy yo».

SEGUNDA PARTE

... He recordado a Grover y aquella mañana en que atravesábamos Indiana para ir a la Exposición Universal...

Mientras atravesábamos Indiana —erais demasiado jóvenes, demasiado niños, no podéis recordarlo— todos los manzanos estaban retoñando, era abril. Todos los árboles estaban retoñando. Era el comienzo de la primavera en Indiana y todo se volvía verde. Desde luego, nosotros no tenemos granjas como las que tienen en Indiana. En las montañas no podemos tener granjas como aquéllas. Grover, claro, nunca había visto unas granjas como aquéllas, así que supongo que debía de estar tomando conciencia de ello.

Se sentó allí, con la nariz pegada a la ventanilla, mirando el paisaje. Nunca lo olvidaré así: sentado, pegado a la ventanilla, inmóvil. Parecía tan serio... Nunca había visto unas granjas como aquéllas e intentaba asimilarlo. Toda la mañana viajamos junto al río Wabash. El río Wabash atraviesa Indiana, es el río sobre el que escribieron esa canción. Así que nos pasamos toda la mañana viajando junto al río. Y yo me quedé allí, sentada y con todos vosotros a mi alrededor, mientras atravesábamos Indiana en dirección a Saint Louis, para visitar la Exposición Universal.

Vosotros no dejabais de correr por el pasillo del tren. Bueno, no, qué digo, tú eras muy pequeño; apenas tenías tres años, así que te llevé conmigo todo el tiempo. Pero el resto de los críos no dejaba de correr por el pasillo, de arriba abajo, de una ventanilla a otra. No dejaban de cruzar de un lado a otro. Cada vez que descubrían algo nuevo se llamaban a gritos. Intentaban mirar hacia todas partes al mismo tiempo, como si pudieran tener ojos en la nuca. Verás, hijo, era la primera vez que estaban en Indiana, y supongo que a los ojos de un niño todo debía de parecer extraño y nuevo.

Y también parecía que no les bastaba con nada. Parecía que no se podían quedar quietos. No dejaban de correr de arriba abajo y de un lado a otro, chillando y gritándose, hasta que: «¡Os lo juro, niños! ¡Nunca he visto nada igual!», dije. «¡Esa forma de correr sin parar de un lado a otro, de arriba abajo, sin quedarse quietos ni un minuto supera cualquier cosa que haya visto!», dije. «¡No entiendo cómo podéis hacerlo!», dije.

Verás, supongo que estaban emocionados por ir a Saint Louis, y tenían tanta curiosidad por todo lo que estaban viendo... Eran tan jóvenes y todo les parecía tan extraño y nuevo... No podían evitarlo y querían verlo todo. Pero «os lo juro», dije, «¡si no os sentáis y os quedáis quietos vais a estar molidos antes de ver siquiera Saint Louis y la Exposición!».

Todos menos Grover. El, no; no, señor, él no. Ahora, chico, quiero contarte. Yo he criado a muchos de vosotros. Os he visto crecer y partir, y todos erais bastante listos, si me lo permites; no había entre vosotros una sola cabeza hueca. ¡Y que lo digas! Siempre supe que erais muy inteligentes. A veces vienen a presumir aquí conmigo de lo inteligentes que sois, y me doy cuenta de cómo os habéis abierto camino en el mundo y, como recuerda el dicho, tenéis vuestra reputación. Yo no les doy pie, ya sabes. Simplemente me siento aquí y los dejo hablar. No presumo de vosotros. Si

ellos quieren presumir de vosotros, es problema de ellos. Nunca he presumido de ninguno de mis niños en toda mi vida. Cuando nuestro padre nos educó, aprendimos que no se tiene descendencia para presumir de ella. «Si los demás quieren hacerlo», decía papá, «allá ellos; nunca deis a entender, con una palabra o con un gesto, que entendéis de lo que hablan. Dejadlos que hablen y no digáis nada».

Así que cuando vienen aquí a contarme todas las cosas que habéis hecho, yo no les doy pie, nunca digo una sola palabra. ¡Y que lo digas! Porque, bueno, ya sabes... Oh, hace cosa de un mes o así vino un tipo, un hombre bien vestido, ya sabes, parecía inteligente, de los que tienen aplomo. Dijo que venía de Nueva Jersey, o de algún sitio de esa parte del país, y empezó a hacerme toda clase de preguntas, que cómo eras cuando eras niño y cosas así.

Yo únicamente fingí que estudiaba a fondo la cuestión y luego dije: «Bueno, pues sí», muy seria, ya sabes. «Pues sí... Supongo que debería saber algo sobre él... Era mi hijo, como todos los demás...», dije yo con toda la solemnidad del caso, ya sabes. «No era un chico malo», dije, «cuando tenía doce años era prácticamente igual que el resto de los chicos... un buen chico, normal, como cualquier otro».

«Oh», dijo él, «¿pero no notó algo? ¿No había nada extraño en él?», dijo. «¿Algo diferente que no hubiera visto en otros chicos?» Yo no le di pie, ya sabes. Me lo guardé todo para mí y lo miré, solemne como una lechuza. Simplemente fingí que estudiaba a fondo la cuestión, seria hasta decir basta.

«Pues no», dije lentamente, como si hubiera estudiado a fondo la cuestión, «tenía un buen par de ojos y una nariz y una boca, dos brazos y piernas y una buena cabeza llena de pelo y el número normal de dedos en manos y pies, como el resto de los chicos... Supongo que si hubiera sido diferente a los demás en cualquiera de estos aspectos lo habría notado de inmediato... Pero si mal no recuerdo era un chico normal, común y corriente, como todos los demás». «Claro», dijo él, todo emocionado, ya sabes, «claro, pero, ¿acaso no era brillante? ¿Nunca se dio cuenta de cuán brillante era? ¡Debía de ser mucho más brillante que los demás!». «Bueno», dije yo, fingiendo que estudiaba a fondo la cuestión. «Déjeme ver... Ah, sí», dije, y lo miré a los ojos con toda la solemnidad que parecía demandar aquella situación. «Le iba muy bien en los estudios... Siempre aprobaba. Nunca oí decir que el profesor le hubiera puesto el capirote de los tontos. Pero claro...», dije, «eso tampoco le ocurrió a ninguno de mis otros chicos. No es que quiera presumir de ellos. No me parece bien presumir de los hijos... Si otros quieren hacerlo, ése es asunto suyo. Nosotros somos gente normal y corriente, nunca hemos pretendido otra cosa... Pero sí le voy a decir una cosa: todos tenían su buena parte de inteligencia y juicio. Ninguno sería un genio, pero todos tenían la cabeza en su sitio, y nunca nadie me sugirió llevar a ninguno de ellos a uno de esos hogares para los que padecen debilidad mental...», dije, y lo miré a los ojos, ya sabes. «No será mucho, pero es más de lo que puedo decir sobre algunas personas que conozco», dije. «Bueno, sí, supongo que era un chico inteligente. Nunca tuve que reprocharle nada en ese aspecto. Era lo bastante

inteligente», dije. «El único problema, y se lo solté a él cientos de veces, así que no le estoy diciendo nada que él no hubiera escuchado antes, el único problema», dije, «es que era perezoso».

«¡Perezoso!», dijo.

Oh, tendrías que haberle visto la cara, ya sabes. Dio un respingo, como si le hubieran clavado una chincheta. «¡Perezoso!», volvió a exclamar. «¿No querrá decir que...?»

«Sí», dije. Oh, en ningún momento se me escapó una sonrisa. «La última vez que lo vi se lo solté... Le dije que era una suerte increíble para él que tuviera el don de la labia... Por supuesto, el chico fue a la universidad y leyó un montón de libros, y me imagino que fue allí donde adquirió ese torrente de lenguaje que dicen que tiene... Pero, como le solté la última vez que lo vi: *Si puedes ganarte la vida haciendo ese trabajo tan liviano de dar clases, tienes mucha suerte, porque ninguno de los tuyos ha tenido semejante suerte. Todos han tenido que trabajar muy, muy duro para ganarse la vida.*»

Oh, eso le dije, ya sabes. Se lo dije sin rodeos. No le doré la píldora. Y te diré una cosa: tendrías que haberle visto la cara. Era un poema.

«Bien», dijo por fin, «entonces tendrá que admitirlo. El fue el más brillante de todos sus hijos, ¿no es así?».

Me quedé mirándolo un instante. Tuve que decirle la verdad. Ya no podía seguir engañándolo. «No», le dije, «era un chico brillante, muy bueno. No tengo quejas sobre él en ese aspecto. Pero el chico más brillante que tuve, el que superaba a todos los demás en sensatez, comprensión y juicio, el mejor chico que he tenido, el más inteligente que he visto en mi vida, fue uno que usted no conoce, uno que usted nunca vio. Fue el niño que perdí».

Me miró por un momento y dijo: «¿Y quién era ese chico?».

Y yo intenté contárselo. Pero cuando intenté pronunciar la palabra Saint Louis no pude. Hijo, hijo mío, el nombre de ese maldito lugar volvió a mí y todo fue como había sido siempre. No pude pronunciar la palabra. No podía soportar que alguien la mencionara. Durante treinta años o más, dondequiera que alguien me dijera ese nombre, o cuando lo escuchaba en cualquier parte, volvía a pensar en eso. Y era como si una antigua herida volviera a abrirse de nuevo. No podía evitarlo. Siempre será así. Hijo, hijo mío. Y cuando pensé en ello otra vez, y cuando intenté decírselo a aquel hombre, todo volvió a ser como era. No podía decirlo. Tuve que apartar la mirada. Y reconozco que lloré.

Porque dondequiera que escuchara ese viejo nombre, siempre, siempre lo volvía a ver ahí sentado, tan serio, con su nariz aplastada contra la ventanilla mientras atravesábamos Indiana aquella mañana, camino de la Exposición. Los manzanos estaban retoñando, también los melocotoneros. Todos los árboles. Y todo, todo esperaba abril mientras viajábamos junto al río, de camino a la Exposición.

Y Grover estaba allí sentado, tan tranquilo y serio. Los otros chicos estaban muy

emocionados, corriendo de arriba abajo, llamándose a gritos, de un lado al otro del vagón. Sin embargo, Grover estaba allí sentado, mirando por la ventana sin moverse. Sentado allí como un hombre. Sólo tenía once años y medio. Hijo, hijo mío. Era un chico listo. Como dijo el periódico cuando murió, mi chico tenía el juicio de alguien dos veces mayor. Tenía más sensatez, más juicio, más comprensión que cualquier niño que haya conocido jamás.

Así que allí estaba Grover, ya sabes, aquella mañana, mirando por la ventana en dirección al río y a las granjas. Porque imagino que nunca había visto unas granjas como aquéllas. Y todavía recuerdo cómo lo contemplaba todo pegado a la ventana, con su pelo negro, sus ojos del color de la brea y la marca de nacimiento en el cuello. Tu hermano y tú fuisteis los únicos morenos de piel que tuve. Los otros me salieron muy blancos y con el pelo gris como el padre. Pero tu hermano y tú os parecíais a los de Pentland, la piel más oscura, la tez oscura de Alexander... y el aspecto de los de Pentland. Tú eres la viva imagen de tu tío Lee, pero Grover era el más oscuro de los dos.

Y entonces se sentó al lado de aquel caballero y se puso a mirar por la ventana. Y luego se volvió para hacerle al caballero toda clase de preguntas: qué árboles eran aquéllos, qué crecía allí, de qué tamaño eran las granjas. Toda clase de preguntas que el caballero iba contestando, hasta que yo dije: «¡Basta, Grover! No deberías hacer tantas preguntas. Deja de molestar». Me preocupaba, ya sabes, que el chico estuviera importunándolo con tantas preguntas.

El caballero echó la cabeza hacia atrás y soltó una gran carcajada. No sabía quién era, nunca supe su nombre, pero era un hombre apuesto y le había tomado mucha simpatía a Grover. Así que echó la cabeza hacia atrás y se rió y dijo: «No se preocupe por el chico, no pasa nada... No me molesta ni una pizca, y si puedo responder a sus preguntas lo haré. Y si no puedo, se lo haré saber». Y puso su brazo sobre los hombros de Grover. «No se preocupe por el chico. No me molesta ni una pizca.»

Y todavía puedo recordar su aspecto, con sus ojos negros, su pelo negro y la marca de nacimiento en el cuello. Tan grave, tan serio, tan pensativo, como si estuviera mirando por la ventana todos aquellos manzanos, las granjas, los establos, las casas y los huertos, asimilándolo todo porque le parecía, me imagino, tan extraño y nuevo.

Hijo, hijo mío, fue hace tanto tiempo, pero cuando vuelvo a escuchar ese nombre todo regresa como si hubiera ocurrido ayer. Y la vieja herida se abre. Lo puedo ver tal como era, tal como resplandecía aquella mañana en que viajamos por Indiana, al lado del río, de camino a la Exposición Universal.

TERCERA PARTE

... ¿Recuerdas cómo era?... Me refiero a la marca de nacimiento, los ojos negros, la piel aceituna... Bueno, supongo que eras muy joven... El otro día estuve mirando esa fotografía... ¿Sabes a cuál me refiero? Esa en la que salimos todos, delante de la casa de la calle Woodson... Tú no sales en esa foto... No... no habías llegado aún... ¿Te acuerdas de cómo te enfurecías cuando te decíamos que no eras más que una simple bayeta caída del Cielo?... A-h-h-h-h...

... Eras el bebé... Eso es lo que te toca cuando eres el bebé... No sales en la foto, ¿no es así?... A-h-h-h-h... Estuve mirando aquella vieja foto el otro día... Ahí estábamos... Y, Dios mío, ¿de qué va todo esto?... ¿Nunca te has sentido así? Ya sabes a qué me refiero. ¿Nunca te has sentido, no sé, raro? ¿No piensas alguna vez en estas cosas?... Quiero decir, ¿tu cabeza no se pone a veces a hacer brrrr-r-r, ya sabes a qué me refiero, cuando tratas de entender las cosas... ¿No te pasa?... Ahora me gustaría saber... Tú has estado en la universidad y debes de saber la respuesta... ¿Alguna vez has pensado en esto?... Porque me gustaría saber. ¿Sabes lo que quiero decir?... Me gustaría que me dijeras si lo sabes...

... A-h-h-h-h.

... Lo sé, pero... Oh, Dios, cuando pienso en cómo solían ser las cosas... ¿Alguna vez te has parado a pensar en eso?... Quiero preguntártelo... Cómo eras, qué aspecto tenías... Ahora me gustaría saberlo... A veces pienso en todos esos sueños que solía tener... Tocando el piano, practicando siete horas al día, creyendo que algún día sería una gran pianista... Tomando clases de canto con la tía Nell porque pensaba que algún día haría una gran carrera en la ópera... A-h-h-h-h.

... No sé si puedes hacerte una idea... ¿Te lo imaginas?... A-h-h-h-h... ¡Yo! ¡En la ópera!... A-h-h-h-h... Ahora quiero preguntarte... me gustaría saber...

... ¿Puedes entenderlo?... ¿Sabes la respuesta?... Porque si la sabes me gustaría que me la dijeras...

¡Dios mío! Cuando voy al pueblo y camino por la calle y veo a todos esos chicos y chicas con ese aspecto tan gracioso pululando por la cafetería... me hace pensar... Quiero decir, esas caritas tan graciosas... Y esa forma tan graciosa que tienen de hablar... ¿Crees que nosotros éramos así?... Quiero decir, con todas esas cositas tan graciosas y de tan mal gusto... ¿Nos imaginas así?... Con esa forma de hablar tan *mona*, ya sabes... ¿He elegido la palabra correcta?... ¿Entiendes? Cosas *monas*... Te hace pensar... ¿Crees que piensan en otra cosa que no sea pulular por la cafetería y decir cosas monas?... Me gustaría saberlo... ¿Crees que alguno de ellos tiene ambiciones como las teníamos nosotros?... ¿Crees que alguna de esas chicas tan graciosas está pensando en hacer una gran carrera en la ópera?... Nunca viste aquella foto, claro. No habías nacido aún, supongo, cuando nos la hicieron... Pero el otro día la estuve mirando.

... La hicieron frente a la vieja casa en la calle Woodson. Papá sale con su chaqué, junto a mamá...

Y Grover y Ben y Steve y Daisy y yo, todos con los pies en nuestras bicicletas...

Luke, el pobre, sólo tenía cuatro o cinco. Todavía no tenía bicicleta como nosotros. A-h-h-h-h... Pero ahí estaba. Y ahí estábamos todos juntos y...

Bueno, ahí estaba yo, con mis pobres piernas flacas y mi largo vestido blanco y dos trenzas cayendo por mi espalda. Y toda esa ropa tan graciosa que usábamos, con aquellos encajes, y Ollie Wolfe estaba allí, al lado de mamá y papá, con su uniforme de la guerra contra España en Cuba... Era justo por esa época. ¿No te acuerdas de Ollie en uniforme?... No, por supuesto, no puedes. No habías nacido.

... Pero, bueno, éramos un grupo de gente de buen ver, si me lo permites. Así es como eran las cosas en 1886, con el porche de la fachada y las parras y las flores frente a la casa... Y la señora Eliza de pie junto a papá con un reloj de leontina en el pecho... A-h-h-h-h...

¿Te acuerdas del reloj de leontina de mamá?... ¿Y te acuerdas de la señora Amy Partridge y de las damas de la familia Maccabees?...

A-h-h-h-h... Me dan ganas de reírme, pero la señora Eliza... Bueno, mamá... Mamá era una mujer bonita en aquella época... ¿Sabes a qué me refiero? La señora Eliza era una mujer de muy buen ver y papá estaba allí junto a ella, con su chaqué. ¿Recuerdas cómo solía vestirse papá los domingos?... ¿Y cuán imponente nos parecía entonces?... ¿Y cómo me dejaba coger su dinero en mis manos y contarlo?... ¿Y cuán rico pensábamos todos que era?... ¿Y cuán maravillosa nos parecía aquella tiendecita de la plaza donde vendían canicas?... A-h-h-h-h... ¿Te lo puedes imaginar?... Porque creíamos que papá era el hombre más importante de la ciudad y... Oh, no, ¡no puedes decírmelo! ¡No puedes! Tenía sus defectos, pero papá era un hombre extraordinario. ¡Vaya si lo era!

... Y ahí estaban Ben y Grover, Daisy, Luke y yo.

... Todos posando delante de la casa con un pie en el pedal de las bicicletas... Y es así como he vuelto a pensar en todo esto. Todo vuelve.

... Era un chico dulce. ¿No lo recuerdas en absoluto? ¿No recuerdas nada? El aspecto que tenía allí en Saint Louis... Apenas tenías tres o cuatro años, pero debes de recordar alguna cosa... ¿Recuerdas cómo te ponías a berrear cuando yo te bañaba?

... A-h-h-h-h... Pobrecito, te ponías a llamar a Grover cada vez que yo te metía en la tina... A-h-h-h-h...

En casa de mamá yo era un poco la esclavita... así que solía fregar los suelos... Supongo que cuando te metía en la tina debía de tratarte como a uno de los cuartos de mamá... A-h-h-h-h...

¿Lo has olvidado ya?

¿No lo recuerdas?

No había pensado en eso desde hacía tiempo, hasta el otro día, cuando volví a ver esa fotografía... Fue como si todo volviera a ocurrir... Grover estaba trabajando en la hostería Inside, en los terrenos de la Exposición...

... ¿Te acuerdas de la vieja hostería Inside?... Aquella cosa enorme de madera dentro de la Exposición... ¿Y te acuerdas de que yo solía llevarte allí a esperar a que

Grover terminara de trabajar?...

Y el viejo y gordo Billy Pelham en el puesto de periódicos... Siempre te daba una barrita de goma de mascar... A-h-h-h-h... ¿Te acuerdas de Billy Pelham y su goma de mascar?...

Todos estaban locos por Grover... A todos les agradaba... Era un chico muy dulce... Y él estaba muy orgulloso de ti... ¿Recuerdas cómo solía presumir de su hermano?... ¿Cómo solía sacarte a pasear y te hacía hablar con Billy Pelham? ¿Te acuerdas?... ¿Y con el señor Curtis, en el despacho?... ¿Y con aquel chico de la campanita al que todos llamaban *Príncipe* Albert?... El pobre y desgarbado Albert Fox... A-h-h-h-h... ¿Te acuerdas de Albert Fox?... ¿Recuerdas cómo Grover intentaba hacerte hablar? Quería que dijeras «Grover»... Y tú no podías... No podías pronunciar la «r»... Y entonces decías «Guove»... ¿Te has olvidado de todo eso?... No deberías olvidarlo porque... Entonces eras un niño muy mono... A-h-h-h-h... ¿Sabes a qué me refiero?... No sé adonde fue a parar tu encanto, pero entonces causabas sensación... A-h-h-h-h... No deberías olvidarlo. Porque, te lo diré, chico, en aquella época todavía eras Alguien...

... Estaba pensando en eso el otro día, mientras miraba esa fotografía... Cómo íbamos a encontrarnos con él y cómo nos llevaba a Midway... ¿Te acuerdas de Midway?... El Hombre Tragaserpientes y el Esqueleto Viviente, La Mujer Gorda y el Tobogán, el Tren Panorámico y la Noria... Cómo berreaste aquella noche, cuando te subimos a la noria... Berreaste como un loco... Intenté reírme para pasar el mal trago, pero, te lo confieso, yo también estaba asustada... Por aquel entonces, la noria era cosa seria... Cómo se rió Grover de nosotros, tratando de explicarnos que no había ningún peligro... ¡Dios mío! Pobrecito Grover. Sólo tenía doce años y qué adulto nos parecía a todos... Yo tenía dos años más, pero aun así pensaba que él lo sabía todo...

Pobrecito. Siempre nos traía alguna cosa. Helado, golosinas, algo que hubiera comprado con el poco dinero que había ganado en la Exposición...

... Una tarde fuimos al centro... Creo que nos habíamos escapado de casa... Mamá estaría fuera, en algún lugar... Y Grover y yo tomamos el tranvía y llegamos al centro... Y, Dios mío, creíamos estar viajando a algún lugar... Por aquellos días a eso lo llamábamos un viaje... Un paseo en tranvía era en aquel entonces una cosa sensacional... He oído que ahora toda esa zona está llena de construcciones nuevas...

Así que nos subimos al tranvía en la avenida King e hicimos el trayecto completo hasta la zona de los negocios de Saint Louis... Nos bajamos en la calle Washington y caminamos de arriba abajo... Y, vaya, chico, te aseguro que aquello nos parecía lo más grande. Grover me llevó a una cafetería y me invitó a agua mineral. Luego salimos y caminamos un rato más en dirección a Union Station y más allá, hasta el río.

... Y en el fondo ambos teníamos un susto de muerte por lo que habíamos hecho, y nos preguntábamos qué pensaría mamá si llegaba a descubrirnos.

... Nos quedamos allí hasta que empezó a oscurecer y pasamos junto a una casa de

comidas... Un local desvencijado con sillas desvencijadas y gente sentada en butacas, comiendo en la barra...

Leímos todos los letreros para ver qué daban de comer y cuánto costaba, y supongo que nada en el menú debía de valer más de quince centavos, pero a nosotros no nos habría parecido más succulento si hubiera sido comida de Delmónicos... Así que nos quedamos allí, con la nariz aplastada contra la ventana... Dos chicos famélicos, con un susto de muerte, con la excitación de haber escapado a toda una vida de... ¿Sabes a qué me refiero?... Y oliéndolo todo asombrados y pensando en lo bien que olía... Entonces Grover me miró y dijo: «Ven, Helen... entremos... pone que el cerdo con alubias vale quince centavos... tengo dinero... tengo sesenta centavos».

... Estaba tan asustada que no podía hablar... Nunca había estado en un lugar como aquél... pero no dejaba de pensar: «Oh, Dios, si mamá se enterara»... Me sentía como si estuviéramos cometiendo un gran delito... ¿Sabes a qué me refiero? ¿Sabes lo que se siente cuando eres niño? Era la excitación de toda una vida de... No podía contenerme. Así que entramos y nos sentamos en aquellas butacas tan altas delante de la barra y pedimos cerdo con alubias y una taza de café... Supongo que estábamos demasiado aterrados por lo que habíamos hecho como para disfrutarlo. Simplemente engullimos todo aquello en un santiamén y nos bebimos el café de un trago. Y no sé si fue por la excitación... Supongo que el pobre chico ya estaba enfermo y aún no lo sabía. El caso es que me di la vuelta para mirarlo y estaba pálido como un muerto... Y cuando le pregunté qué le ocurría no me dijo nada... Era demasiado orgulloso. Dijo que se encontraba bien, pero yo me di cuenta de que estaba enfermo como un perro...

Entonces pagó la cuenta... Fueron cuarenta centavos. Nunca me olvidaré de aquello mientras viva... A duras penas nos dio tiempo a salir por la puerta. Él alcanzó a llegar a la acera y, entonces, lo vomitó todo...

El pobre chico estaba tan asustado y tan avergonzado... Lo que más miedo le daba no era estar enfermo, sino el hecho de haberse gastado todo el dinero. Y en balde. Y si mamá se enteraba... Pobre chico, se quedó allí parado, mirándome, y susurró: «Oh, Helen, no se lo digas a mamá. Se enfadará conmigo si se entera». Entonces volvimos a casa a toda prisa.

Para cuando llegamos, ya estaba ardiendo de fiebre. Mamá nos estaba esperando... Nos miró, ya sabes cómo te miraba la señora Eliza cuando pensaba que habías hecho algo que no debías... Mamá dijo: «¿Se puede saber dónde os habíais metido?». Supongo que se disponía a darnos un buen escarmiento. Entonces vio la cara que traía Grover. Y con eso le bastó... Dijo: «Pero, hijo, ¿qué tienes?». Se puso blanca como el papel... Y lo único que Grover respondió fue: «Mamá, estoy enfermo...».

Y se desplomó en la cama.

Le quitamos la ropa. Mamá le puso la mano en la frente y salió al salón. Estaba tan blanca que habrías podido dibujar una línea negra en su cara usando una tiza. Me susurró: «Ve a buscar al doctor, rápido, está ardiendo».

Corrí calle abajo, con mis trenzas al aire, hasta la casa del doctor Packer. Regresé con él.

Cuando salió del cuarto de Grover, oí que le decía a mamá: «Tifus»...

Creo que ella ya lo sabía... lo sabía... Él ya había estado enfermo una vez. Ella no se rindió hasta el final... Ella nunca dio muestras de que se rendiría... Pero creo que ya lo sabía. Lo sabía.

... La miré. Su rostro estaba blanco como el papel. Me miró y fue como si yo no estuviera allí... Nunca fue capaz de verme. La oí decir: «Ya está... ya está»... Así de simple. Y, Dios mío, nunca olvidaré la cara que puso, su manera de decirlo, cómo mi corazón dejó de latir y subió hasta mi garganta... Pobre mamá... Yo sólo era una esclavita en aquella vieja casa. Era sólo una chica delgadita de catorce años. Pero sabía que mamá se estaba muriendo de dolor delante de mí... Sabía que aunque mamá viviera hasta los cien años, nunca podría superar eso, nunca sería capaz de olvidarlo. Sabía que moriría cada vez que pensara en ello

... Pobre mamá. Ya sabes. Nunca lo superó. Grover era su preferido. Se preocupaba por él más que por cualquiera de los otros... ¡Pobre Grover!... Tan dulce. Todavía puedo verlo en la cama, pálido como una sábana, durante todas aquellas semanas que siguieron, hasta quedar reducido a un saquito de piel y huesos.

... Volví a recordarlo todo el otro día, cuando me puse a mirar esa fotografía y pensé: «Dios mío, éramos dos chiquillos y yo sólo era dos años mayor que él... Y ahora tengo cuarenta y seis y Grover tendría que tener cuarenta y cuatro...». ¿Te imaginas? Increíble... Dios mío, me parecía tan adulto. Era un chico sumamente tranquilo... ¿Sabes a qué me refiero?... Era sólo un chico, pero parecía mayor que todos nosotros.

... Y cuando pienso en aquellos dos chiquillos, tan graciosos, con la nariz aplastada contra el vidrio de aquella vieja y mugrienta casa de comidas... y cuán natural parecía todo, cuán emocionante y maravilloso... y lo asustados que estábamos de que mamá se enterara... y cómo volvimos a casa corriendo... y lo pálido que estaba...

Y cuánto tiempo ha pasado desde entonces...

Y ahora encuentro una foto y todo vuelve a mi mente. La hostería, Saint Louis, la Exposición Universal... Y todo tal y como ha sido siempre, como si hubiera ocurrido ayer...

Y todos nosotros hemos crecido y yo tengo cuarenta y seis años...

Y nada ha resultado como esperábamos...

Todas mis esperanzas, mis sueños y mis grandes ambiciones han quedado en nada...

Entonces, entonces, es entonces cuando todo vuelve a mi mente, dos chicos asustados, solos, en Saint Louis, con la nariz pegada a la ventana de una mugrienta casa de comidas... Y Grover con su marca de nacimiento en el cuello... ¿No te acuerdas de cómo era? ¿Nada? ¿De cómo era todo? ¿De la casa donde vivíamos?...

De la noche en que murió... Yo fui y te alcé en brazos para que pudieras verlo... Esa vieja casa en la que vivíamos, en la esquina... La despensa, el olor de la despensa... Una casa para alquilar habitaciones, Saint Louis y la Exposición...

Ha pasado tanto tiempo, es como si hubiera ocurrido en otro mundo. Y entonces todo vuelve a mi mente, como si hubiera ocurrido ayer...

Y a veces me quedo despierta por las noches y pienso en toda la gente que pasó por allí aquellos días y en las cosas que ocurrieron. Y pienso que nada ha resultado como pensábamos que sería. Y escucho los trenes que pasan junto al río y los silbatos y la campana... Y pienso en el viaje que hicimos a Saint Louis en 1904...

Y entonces salgo a la calle y veo las caras de la gente que pasa... ¿No te parecen extrañas? ¿No notas algo raro en sus ojos, como si todos estuvieran perplejos por algo?... ¿O es que acaso estoy loca?

¿Sabes a qué me refiero?... Tú has ido a la universidad y yo quiero saber... Quiero que me digas si conoces la respuesta... Me refiero a esa mirada que tienen, esa extraña mirada en los ojos... ¿Sabes a qué me refiero?... ¿Has notado ese aspecto que tienen?... ¿Alguna vez te fijaste en eso cuando eras niño?...

Dios mío, ojalá tuviera las respuestas a todas estas preguntas... Me gustaría saber qué salió mal... qué ha cambiado desde entonces...

Y si nosotros también les parecemos raros a los demás...

Y si nosotros también hemos cambiado...

Y si nosotros también tenemos esa mirada extraña en los ojos...

Y si nos pasa a todos, a todos y cada uno de...

El modo en que las cosas resultan no tiene nada que ver con lo que uno espera que sean... Y es increíble cómo todo se pierde hasta que las cosas parecen no haber ocurrido nunca... como si las hubiéramos soñado... ¿Entiendes a qué me refiero?

Eso es algo que —lo hemos escuchado en alguna parte— le ha ocurrido a más gente...

Y entonces todo vuelve a mi mente...

Y ahí tienes a dos chiquillos flacos y asustados con la nariz aplastada contra un sucio cristal, treinta años atrás... El tacto, el olor, incluso ese olor tan raro que salía de la vieja despensa de nuestra casa.

Y los escalones delante de la casa, el aspecto de los cuartos. Esos dos chicos con trajes de marinerito que solían andar en sus triciclos de un lado a otro...

Y la marca de nacimiento en su cuello... la hostería Inside... Saint Louis y la Exposición.

... Todo vuelve como si hubiera ocurrido ayer.

Y entonces se va y parece lejano y extraño como si hubiera ocurrido en un sueño...

CUARTA PARTE

«Ésta, ésta es la avenida King», dijo un hombre.

Entonces vi que se trataba simplemente de una calle. Había algunos edificios nuevos, un gran hotel, un par de restaurantes y bares de aspecto moderno, las monótonas y lívidas luces de neón, el tráfico incesante de los coches. Todo aquello era nuevo, pero era sólo una calle. Y yo sabía que siempre había sido una simple calle y nada más, pero, no sé bien por qué, me quedé allí inmóvil, preguntándome si esperaba encontrar algo más.

El hombre me miró interrogativamente durante un instante y yo le pregunté si la Exposición Universal no había estado allí

«Claro, estaba aquí, un poco más allá», dijo el hombre. «Ahora hay un parque. Pero ¿no era ésta la calle que buscaba? ¿No recuerda el nombre de la calle o algún otro dato?», dijo.

Le dije que creía que el nombre de la calle era Edgemont, pero que no estaba seguro.

Le dije que me sonaba a algo así.

Y le dije que la casa estaba en una esquina entre tal y cual calle.

Entonces el hombre me preguntó: «¿Y cómo dice que se llamaba la calle?».

Le dije que no lo sabía, pero que la casa estaba en una esquina, y que la avenida King se encontraba a una o dos manzanas, y que un tranvía pasaba a media manzana o así de donde vivíamos.

«¿Y qué tranvía era?», preguntó el hombre mientras me miraba.

«Uno interurbano», dije.

Entonces el hombre me miró primero a mí, y, a continuación, al otro hombre que venía con él, y finalmente dijo: «No conozco ningún tranvía interurbano».

Le dije que era una línea que pasaba detrás de las casas y que había cercas de madera y césped junto a las vías.

Le dije que creía que la línea atravesaba el barrio por detrás de las casas, pero, no sé por qué, fui incapaz de explicarle que en aquel entonces era verano y se notaba aquel olor: a madera y alquitrán, y que una especie de ausencia se quedaba en la tarde después de que pasara el tranvía. Sólo le dije que la línea interurbana estaba allí detrás, entre los patios traseros de algunas casas con cercas de madera, sólo le dije que la avenida King estaba a una o dos manzanas.

No le dije que la avenida King en esa época no era una calle, sino una especie de camino abierto como por arte de magia entre unos terrenos sombríos y encantados, y que para mí estaba mezclada con la canción de «Tom, Tom, the Piper's Son», con panecillos de cuaresma, con toda la luz que iba y venía y con las sombras de las nubes que pasaban sobre las montañas, con el viaje a Indiana aquella mañana y el olor del humo de los motores, con Union Station y, sobre todo, con las voces lejanas y perdidas que hace tanto tiempo atrás decían: «Avenida King».

No le dije estas cosas sobre la avenida King porque miré a mi alrededor y vi en qué se había convertido la avenida King. La avenida King era una calle, una calle

ancha y bulliciosa, con nuevos hoteles y luces brillantes y baños interminables de coches que iban y venían. Lo único que podía decirle era que la calle se encontraba cerca de la avenida King y que la casa estaba en una esquina y que una línea del tranvía interurbano pasaba cerca de allí. Dije que era una casa de piedra y que tenía peldaños de piedra en la fachada y un pequeño rectángulo de césped. Le dije que creía que la casa tenía una torrecilla en una esquina, pero no estaba seguro.

Los dos hombres se volvieron para mirarme y uno de ellos dijo: «Esto es la avenida King, pero nunca hemos oído hablar de una calle así».

Me alejé y seguí caminando hasta que encontré el sitio. Y de nuevo, de nuevo, volví a entrar en aquella calle y hallé el lugar donde las dos esquinas se encontraban, la manzana compacta, la torrecilla y los escalones. Me detuve un instante, mirando hacia atrás, como si la calle fuera el Tiempo.

Por un momento esperé que surgiera una palabra, que una puerta se abriera, que se acercara un niño. Esperé, pero no hubo palabras y nadie apareció.

Con todo, así había sido siempre, sólo que ahora los escalones parecían más bajos y el porche menos alto, y el rectángulo de césped más pequeño que como lo recordaba... Pero todo lo demás era tal y como yo sabía que sería. Una fachada gris de piedra, las tres plantas con un techo de pizarra inclinado, el costado de ladrillo con ventanas, todavía con el viejo arco de la entrada en el centro, para uso de los pacientes del doctor.

Había un árbol, un farol y, detrás y a un costado, más árboles de los que imaginaba que encontraría.

Y el techo de pizarra de la torrecilla, los remates de pizarra sobre las ventanas, que terminaban en punta. Y el arco de las dos ventanas del salón hecho de dura piedra. Y el pequeño porche de piedra tallada, con el techo de pizarra inclinado.

Y todo parecía tan fuerte, tan sólido, tan feo.

Y todo, salvo los escalones y el césped, parecía tan duradero, tan bien hecho...

En realidad, era tal como lo recordaba, como sabía que lo encontraría, sin engañarme, sin mentirme a mí mismo... Aunque, en el fondo, había sido siempre así, sólo que ya no podía oler la brea, la sequedad caliente y pegajosa de las traviesas del tranvía, las tablas de las cercas de los patios y el césped ralo y lleno de calvas.

Ni podía sentir la ausencia en la tarde cuando el tranvía había pasado, ni a los gemelos, con sus caras afiladas y sus trajes de marineritos, pedaleando con furiosa estridencia en sus triciclos, de arriba abajo, frente a la casa, ni al criado negro, Simpson, regresando de alguna parte con su cesta, ni la sensación de la tarde, solitaria porque todos se habían ido a la Exposición.

Exceptuando esto, todo era exactamente igual, salvo por esto y por la avenida King, que se había convertido en una calle, salvo por esto, la avenida King y el niño que no apareció.

Era un día caluroso. Había empezado a oscurecer, el calor se levantaba y permanecía allí, asfixiante como una sábana empapada que colgara sobre Saint Louis.

Hacía un calor húmedo, un calor que uno sabía imposible de atenuar o refrescar, un calor que uno sabía inmóvil. Y al intentar pensar en el momento en que el calor se marcharía uno se decía a sí mismo: «No puede durar tanto. Por fuerza tendrá que pasar», como se suele decir en América. Pero en el fondo lo decía sin convicción. El calor lo empapaba todo y la gente se asfixiaba en él, las caras de la gente parecían pálidas y grasientas por el calor. Y en esas caras había una especie de paciente desdicha, y uno sentía ese tipo de desolación que se siente al final de un día caluroso en cualquier gran ciudad de América. Cuando estamos lejos de casa, al otro lado del continente, y pensamos en toda esa distancia, en todo ese calor y decimos: «¡Oh, Dios, pero qué país más inmenso!».

Uno se sentía como cuando te encuentras lejos y solo en una gran ciudad y escuchas el sonido de los trenes, las campanas, los silbatos y los botes en el río, como cuando caminas por la calle debajo de un manojo de calientes luces eléctricas o como cuando intentas llegar al parque: el césped seco, los restos de periódicos embarrados y la gente desperdigada por la hierba amarillenta... O como cuando ves la clase de bancos que ponen en los parques aquí, en América, para hacernos sentir alegres al final de un día caluroso, ese banco en concreto, con el brillo endurecido de la luz eléctrica y muerta justo encima, para que la gente se comporte como es debido.

Cualquiera sabe que aquello es interminable, que está ahogado, que no puede escapar. Sabe que está perdido y naufrago en América, un país demasiado grande para ser un país. En esas ocasiones uno sabe también que no tiene hogar. Sabe que no puede hacerse con uno ni mantenerlo. En esas ocasiones un hombre sabe que ya no sirven ni la locura de la juventud ni la noche, y que ni siquiera la soledad ayuda... Y ese hombre ahora sabe que él mismo es apenas un átomo sin nombre, un átomo perdido en el vacío, una cifra irrisoria y llena de polvo que gira alrededor de un tiempo incontable, y que todos los sueños, la fortaleza, la pasión y la fe en la juventud han acabado por marchitarse.

Y ese hombre solo siente la ausencia, la ausencia y toda la desolación de América, la soledad y la tristeza de los cielos altos y calientes. Y la tarde, que cae en todo el Medio Oeste, sobre la tierra sofocante, sobre todos los pequeños pueblos solitarios, sobre las granjas, sobre los campos, que cubre, con su sopor ardiente, Ohio, Kansas, Iowa, Indiana. Y las voces apenas se oyen, como murmullos, en ese enorme vacío, a causa de la fatiga que produce el calor, apenas se oye en el inmenso espacio, en los afligidos y altos y terribles cielos.

Entonces escucha el motor y las ruedas otra vez, el lamento del silbato y la campana, el sonido del cambio de agujas en el patio sofocante... Entonces el hombre camina por la calle y camina, camina por la calle bajo los racimos de las luces endurecidas, cruzándose con gente de rostro hundido... Entonces se siente ahogado en la desolación y en la falta de fe.

«¿Por qué estoy aquí? ¿Qué debería hacer? ¿Adonde ir?»

Se siente como se siente uno cuando regresa y sabe que no debería haber viajado

hasta allí, cuando se da cuenta de que, después de todo, la avenida King es sólo una calle, y que Saint Louis —ese nombre encantado— es sólo una ciudad grande y calurosa junto al río, una ciudad no tan al sur que se ahoga en medio de un calor húmedo y tedioso, y que no hay nada que pueda hacerla mejor.

Antes no era así.

Podía recordar que hacía calor, pero qué bueno era entonces ese calor, y qué bueno era tumbarse en el patio trasero sobre una colchoneta inflable que olía a colchoneta caliente bajo el sol, y qué bueno era el sueño que provocaba tanto sol.

Y qué bueno era bajar en ocasiones al sótano para tomar un poco el fresco antes de regresar al sol. El sótano, que olía a lo que huelen siempre los sótanos: un olor fresco y a la vez añejo, un olor a telarañas y botellas sucias... Recuerdo que al abrir la puerta y bajar por las escaleras ya sabía que el olor del sótano subiría a encontrarme —fresco, almizclado, añejo, húmedo, oscuro—, y que la sola idea de un sótano siempre me llenaba de una emoción difusa, una especie de expectación casi visceral.

Recuerdo que por las tardes hacía aquel buen calor. Y que yo sentía luego algo así como una ausencia, una sensación de ausencia y vaga tristeza vespertina. La casa parecía tan solitaria por las tardes... A veces yo me sentaba dentro, en el segundo escalón del salón, y escuchaba el sonido del silencio y la ausencia en la tarde. Podía oler la cera del suelo y las escaleras y ver las puertas corredizas con su barniz marrón y las cortinas de cuentas, podía meter mis manos entre las hileras de cuentas y agarrarlas con mis brazos y dejarlas chocar y tintinear. Podía sentir la oscuridad, la barnizada oscuridad... y la luz coloreada dentro de la casa, a través de los pequeños vidrios de la puerta, la luz coloreada y la ausencia, el silencio y el olor de la cera en el suelo, y la vaga tristeza en la casa a media tarde, en pleno calor. Y todas estas cosas tenían en sí mismas una especie de vida propia: parecían estar esperando, esperando en el colmo de la vivacidad pero también de la quietud.

Yo me sentaba y escuchaba. Podía oír a la chica de la casa vecina en medio de sus lecciones de piano, podía oír el tranvía que pasaba entre las cercas de los patios, a media manzana de distancia, y podía oler el aroma seco y vulgar de las cercas, el olor agrio del pasto caliente junto a las vías, el olor de la brea, de las traviesas, el olor de las brillantes y gastadas bridas del tranvía. Podía sentir la soledad de los patios en la tarde y la sensación de ausencia cuando el tranvía había pasado.

Entonces ansiaba la noche y el regreso, la caída de la noche y los pasos en la calle, a los gemelos de rostro afilado con sus trajes de marinerito y sus triciclos, ansiaba el olor de la cena y el sonido de las voces en la casa otra vez, cuando volvían todos a casa, cuando Grover regresaba de la Exposición.

... Y de nuevo, de nuevo volví a caminar por esa calle y hallé el lugar donde se

encontraban las dos esquinas.

Antes de continuar me volví para ver si el Tiempo seguía allí.

Pasé frente a la casa, algunas luces iluminaban el interior, la puerta estaba abierta y una mujer se hallaba sentada en el porche. En ese mismo instante me detuve delante. La luz del farol de la esquina iluminaba el lugar. Me quedé mirando la casa un momento y apoyé un pie en el primer escalón.

Luego le dije a la mujer que se hallaba sentada en el porche: «Esta casa... discúlpeme... pero, podría decirme, por favor, ¿quién vive en esta casa?».

Sabía que mis palabras sonaban extrañas y vacías, porque en el fondo no había dicho lo que deseaba decir.

La mujer me miró un tanto perpleja.

Dijo: «Soy yo quien vive aquí. ¿Busca a alguien?».

Dije: «Bueno, busco a...».

Y me quedé callado, porque sabía que no podía decirle lo que estaba buscando. Mis palabras se hicieron más confusas y torpes cuando sentí que me miraba. No supe qué decir.

Dije: «Creo que yo solía pasar aquí algunas temporadas».

Ella no respondió.

Al cabo de un instante seguí hablando: «Viví aquí, en esta casa... cuando era niño».

La mujer guardó silencio, mirándome durante un rato. Entonces dijo: «¿Está seguro de que es ésta la casa? ¿Recuerda la dirección?».

«He olvidado la dirección», dije, «pero era en la calle Edgemont y estaba en la esquina. Y sé que era ésta».

«Esta no es la calle Edgemont», dijo la mujer. «Esta calle se llama Bates.»

«Bueno, será que han cambiado el nombre», dije, «pero ésta es la casa, estoy seguro. La casa no ha cambiado».

Volvió a quedarse callada y luego asintió: «Sí. Cambiaron el nombre de la calle. Recuerdo haber oído que antes tenía otro nombre. Cuando yo era pequeña se llamaba de otro modo». Dijo: «Pero eso fue hace mucho tiempo. ¿Cuándo dice que vivió aquí?».

«En 1904.»

De nuevo se quedó callada, sin dejar de mirarme. Luego, de improviso: «Oh... ése fue el año de la Exposición. ¿Usted vivía aquí entonces?».

Respondí rápidamente, con más confianza: «Mi madre alquiló la casa durante siete meses... La casa pertenecía al doctor Packer». Y continué: «Se la alquilamos a él».

«Sí», dijo la mujer, asintiendo con la cabeza, «ésta era la casa del doctor Packer. Nunca lo conocí. Llevo aquí poco tiempo, pero sé que el doctor Packer era el dueño de la casa... Murió... Murió hace mucho. Pero ésta era su casa, sí, es cierto», dijo la mujer.

«Esa entrada lateral, donde están esas escaleras, era para sus pacientes. Era la entrada a su consulta. Por ahí entraban y salían los pacientes.»

«Oh», dijo la mujer, «no lo sabía. Siempre me he preguntado para qué servía».

«Y este gran cuarto, aquí en la entrada», proseguí, «era la consulta del doctor. Tenía puertas corredizas y, al lado, una especie de alcoba para sus pacientes».

«Sí, la alcoba sigue ahí, sólo que ahora todo ha sido transformado en un solo cuarto. Yo siempre me había preguntado para qué era la alcoba.»

«Y tenía puertas correderas en este lado, unas puertas que daban al salón... y unas escaleras en aquel otro lado. Y en la mitad de las escaleras, en el descansillo, una pequeña ventana con cristales de colores. Y sobre las puertas corredizas, aquí en el salón, una especie de cortina hecha con hileras de cuentas.»

Ella asintió, sonriendo. «Sí, sigue igual, todavía tenemos las puertas correderas y las vidrieras. Ya no hay ninguna cortina con cuentas», dijo, «pero recuerdo que antes se usaban. Sé a qué se refiere».

«Cuando vivíamos aquí», dije, «usábamos la consulta del doctor como sala de estar... hasta uno o dos meses antes de marcharnos. Luego pasó a ser un dormitorio».

«Ahora es un dormitorio», dijo ella. «Yo administro la casa. Alquilo cuartos. Todos los cuartos de arriba están alquilados, pero tengo dos hermanos que duermen en ése de la entrada.»

Por unos instantes nos quedamos en silencio. Luego dije: «Mi hermano se quedaba ahí también».

«¿En el cuarto de la entrada?», preguntó.

«Sí», respondí.

Después de permanecer callada un rato dijo: «¿Por qué no pasa? No creo que haya cambiado mucho. ¿Le gustaría echar un vistazo?».

Le di las gracias y acepté. Subí por las escaleras del porche. Ella abrió la puerta y entré en la casa.

Estaba exactamente igual. Las escaleras, el pasillo, las puertas correderas, la ventana con cristales de colores sobre las escaleras. Y todo era exactamente igual, excepto por la ausencia, la ausencia en la tarde, la luz coloreada de la ausencia en la tarde y el niño sentado allí, esperando en las escaleras.

Todo parecía exactamente igual, excepto que yo solía sentarme allí en otro tiempo. Me había sentado allí mismo y había sentido un vasto y salvaje río en alguna parte. Me había sentado allí preguntándome qué era la avenida King, dónde empezaba y dónde terminaba —¡ahora lo sabía!—. Me había sentado allí hechizado por la palabra mágica: «ciudad», hechizado por el tranvía y por todas las cosas que iban, venían y se iban y volvían otra vez, como las sombras de las nubes que pasan sobre el bosque, que no se pueden capturar; como el recuerdo de otra casa, de la luz del sol, de abril y de las estaciones que pasan; como un tren, como un río, como la mañana, como las montañas de nuestra tierra.

Y quería sentarme en las escaleras de nuevo, en la ausencia de la tarde, para

volver a sentirlo. Y aquello regresaría y se iría y regresaría de nuevo hasta que pudiera aprehenderlo y fuera mío y pudiera recordarlo todo y pudiera haberlo visto y vivido todo, a pesar de que toda la luz del Tiempo cayera sobre mi recuerdo, con los ecos sombríos de mil vidas, sobre esa breve suma de mí mismo, sobre el universo de mis cuatro años, que era demasiado escaso para ser medido, tan lejano, tan irrecuperable como un recuerdo sin fin.

Todo volvería a mí como sus ojos oscuros, su rostro sereno. Y yo vería mi pequeño rostro cautivo en el oscuro espejo del salón, mis ojos graves y mi talante sereno, y sabría que a pesar de ser sólo un niño sabría esto mejor que nadie: «He aquí un niño, mi centro, mi semilla. Y aquí la Casa. Y aquí la Casa escuchando. Y aquí la ausencia, la ausencia en la tarde. Oh, universo desnudo, lo sé: ¡aquí estoy!

Y entonces volvería a perderse, apagándose como las sombras de las nubes en las montañas, como rostros extraviados en un sueño, surgiendo como el vasto y borroso rumor de la feria[*] encantada y distante, y volviendo y yéndose de nuevo y volviendo, recobrado y perdido, poseído y retenido y nunca capturado, como las voces perdidas hace mucho en la montaña, como los ojos oscuros y el rostro sereno, ese oscuro niño perdido, mi hermano, quien, como las sombras o como la ausencia dentro de la casa, vendría, se iría y regresaría de nuevo.

La mujer me condujo nuevamente por el interior de aquella casa, a través del salón...

Le hablé de la despensa y le señalé el lugar donde se encontraba, aunque ya no estaba allí. Y le hablé del patio y de la vieja cerca de tablas. Pero ya no había ninguna cerca. Y le hablé de la cochera y le dije que estaba pintada de rojo. Pero ahora había un pequeño cobertizo. Y el patio trasero seguía allí, pero era más pequeño de lo que recordaba y ahora tenía un árbol.

«No sabía que hubiera un árbol», le dije. «No recuerdo ningún árbol».

«Quizás no lo hubiera entonces», dijo ella, «un árbol puede crecer en treinta años...». Entonces regresamos a la entrada, adonde las puertas correderas.

«¿Podría ver este cuarto?», pregunté.

La mujer desplazó las puertas, que se deslizaron con pesadez, como antaño.

Entonces volví a ver el cuarto. No había cambiado. Había una ventana a un lado, y las dos ventanas arqueadas de la fachada y la alcoba y las puertas y la chimenea con las losetas de color verde moteado. La repisa de la chimenea seguía siendo de madera oscura, había un biombo y una cama en el mismo lugar donde habían estado hacía mucho tiempo.

«¿Es éste el cuarto?», preguntó la mujer. «¿Ha cambiado en algo?»

Le dije que era exactamente igual.

«¿Y su hermano dormía aquí donde duermen mis hermanos?»

«Este era su cuarto», dije.

Nos quedamos en silencio durante un rato. Me giré en dirección a la puerta y dije: «En fin, muchas gracias. Es usted muy amable por haberme enseñado la casa».

Y ella dijo que con mucho gusto y que no era ninguna molestia.

Luego dijo: «Y cuando vea a su familia, dígales que vio la casa». Dijo: «Yo soy la señora Bell. Puede decirle a su madre que la señora Bell se ha quedado con la casa. Y cuando vea a su hermano, dígaque que vio el cuarto donde dormía y que lo encontró exactamente igual».

Le dije que mi hermano había muerto.

La mujer se quedó callada. Luego me miró y dijo: «Murió aquí, ¿verdad? En este cuarto.»

Le dije que estaba en lo cierto.

«No sé cómo, pero cuando me dijo que éste era el cuarto de su hermano, lo supe de inmediato.»

No dije nada. Al cabo de un momento la mujer dijo: «¿De qué murió?».

«De tifus.».

Me miró horrorizada, con un gesto de preocupación. Involuntariamente dijo: «Mis dos hermanos...».

«Fue hace mucho tiempo», dije, «no creo que haya por qué preocuparse».

«Oh, no estaba pensando en eso», dijo, «sólo que al oír que un niño, su hermano, murió en este cuarto donde duermen mis dos hermanos ahora...».

«Quizás no debería habérselo dicho, ahora que lo pienso... Pero era un buen chico... Y estoy seguro de que si usted lo hubiera conocido, no le habría importado.»

No dijo nada. Me apresuré a añadir: «Además, no se quedó mucho tiempo aquí. Este no era su cuarto en realidad. Pero la noche en que volvió con mi hermana estaba tan enfermo que... prefirieron no moverlo de aquí».

«Oh», dijo la mujer, «ya veo». Y un momento después: «¿Va a decirle a su madre que estuvo aquí?».

«No lo creo.»

«Me... me pregunto qué pensará ella de este cuarto.»

«No lo sé. Nunca habla de eso.»

«Oh... ¿Qué edad tenía el niño?»

«Doce años.»

«Usted debía de ser muy joven.»

«Yo tenía cuatro.»

«Y... sólo quería ver el cuarto, ¿no es así? Por eso vino hasta aquí.»

«Sí.»

«Bueno», dijo con tono vago, «supongo que ya lo ha visto».

«Sí, muchas gracias.»

«Imagino que no recordará apenas nada de entonces, ¿no es así? Usted era muy pequeño.»

«No, casi nada.»

... Los años cayeron como las hojas de un árbol y su rostro volvió a mi mente.

El oscuro y suave óvalo facial, los ojos oscuros, la baya suave y oscura en el cuello, el pelo negro como ala de cuervo.

Todo esto volvió, asediándome repentinamente. Toda aquella fantasmagoría, como los rostros de un bosque encantado.

«Ahora di *Grover*.»

«Gouve.»

«No, *Gouve* no: *Grover*... ¡Dilo!»

«Gouve.»

«No, así no... Has dicho *Gouve*. Es *Grover*... Venga, dilo.»

«Gouve.»

«Mira, te diré lo que haremos si lo pronuncias bien... ¿Te gustaría ir a dar una vuelta por la avenida King? ¿Te gustaría que *Grover* te llevara? Pues bien... si dices *Grover* y lo dices correctamente, te llevaré a la avenida King y te compraré un helado... Ahora dilo: *Grover*.»

«Gouve.»

«Eres el niño más tonto que he conocido nunca: ¿ni siquiera puedes decir *Grover*?»

«Gouve.»

«Pero, pero... Tienes la lengua pegada, eso es lo que tienes. Un día de éstos te voy a... Bueno, está bien, vamos, te compraré un helado de todos modos...»

Todo aquello volvió y se apagó y se perdió de nuevo. Me di la vuelta para irme y le di las gracias a la mujer y le dije: «Adiós».

«Pues bien, adiós», dijo la mujer, estrechando mi mano. «Me alegra haberle enseñado la casa, me alegra...» Pero no terminó la frase. Finalmente dijo: «Bueno, eso fue hace mucho tiempo. Habrá visto las cosas muy cambiadas, supongo. El barrio está lleno de casas nuevas, incluso aquí en las afueras, donde estaban los terrenos de la Exposición... Imagino que todo habrá cambiado mucho».

Y no nos dijimos nada más. Nos quedamos en las escaleras un instante y volvimos a estrecharnos la mano.

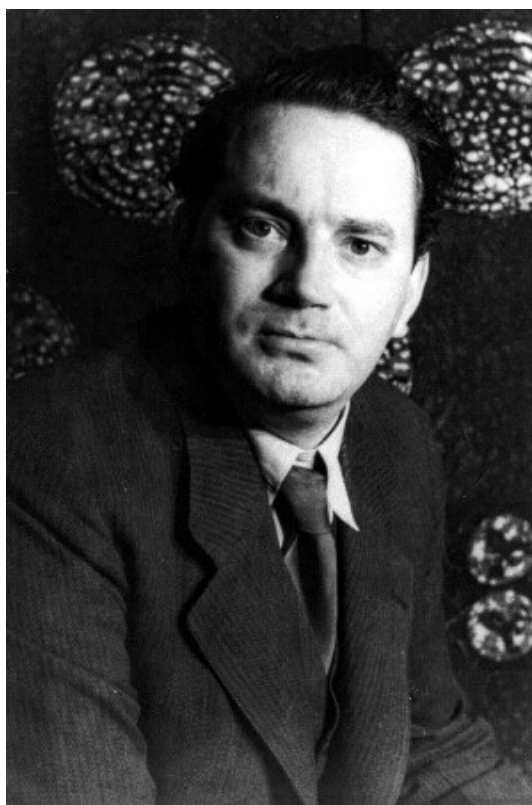
«Pues bien... Adiós.»

Y de nuevo, de nuevo, volví a la calle para hallar el lugar donde las dos esquinas se tocaban y me volví para ver adonde se había ido el Tiempo. Y todo era allí como siempre había sido. Y ya no quedaba nada ni nada volvería nunca. Y todo seguía siendo igual, como si no hubiera cambiado desde entonces, sólo que todo se había perdido y había sido recobrado y capturado para siempre. Y así, al haber encontrado todo, supe que lo había perdido.

Y supe que yo no volvería nunca más, y que la magia perdida no volvería nunca. Y que la luz que caía, que pasaba y se iba y regresaba de nuevo, la memoria de las voces perdidas en la montaña, las sombras de las nubes pasando sobre el campo, las remotas voces de nuestros parientes, la calle, el calor, la avenida King y la canción «Tom, Tom, the Piper's Son», el vasto y borroso murmullo de la feria, «oh, extraño y amargo milagro del tiempo», no volverían otra vez.

El llanto de la ausencia en la tarde, la casa que esperaba y el niño que soñaba.

Y a través de la maraña de recuerdos de un hombre, desde el bosque encantado, el pobre niño de ojos oscuros y rostro sereno, extranjero en la vida, exiliado de la vida, hace mucho tiempo perdido como todos nosotros, una cifra de los laberintos ciegos, mi pariente, mi hermano y mi amigo, el niño perdido, se había marchado para siempre y no regresaría nunca jamás.



Thomas Wolfe nació en Asheville en 1900 y murió en Baltimore a los treinta y ocho años, víctima de la tuberculosis. Considerado como uno de los más importantes narradores norteamericanos de la primera mitad del siglo XX, y admirado por sus coetáneos: de William Faulkner —quien dijo de él que era el mejor escritor de su generación— a Sinclair Lewis —que incluso lo citó en su discurso de recepción del Premio Nobel—, su novela *El ángel que nos mira* (1929) obtuvo gran resonancia en su país y en buena parte de Europa. Le siguieron otras obras de igual envergadura, como *Del tiempo y el río* (1935) o las póstumas *The Web and the Rock* (1939) y *You Can't Go Home Again* (1940). Wolfe es recordado especialmente por sus piezas maestras en formato breve, como *Una puerta que nunca encontré* (1933) y *El niño perdido* (1937), publicadas recientemente en español, y que han sido recibidas con entusiasmo por la crítica: «Prodigiosa exactitud emocional» (Francisco Solano, *El País*); «Asombrosa perfección formal» (Rafael Narbona, *El Mundo*); «La escritura de Wolfe parece arrebatada por un soplo angelical» (Antonio Bordón, *La Provincia*)—, «Pura, exacta y emotiva» (Alfonso López Alfonso, *La Nueva España*); «Uno de los relatos más bellos y conmovedores que hayamos leído nunca» (Ignacio F. Garmendia, *Diario de Sevilla*).